

M. Magallanes Moure

# La Batalla

Lluvia de Primavera



1912

# La Batalla

Eluvia de Primavera

M. Magallanes Moure

# La Batalla

Lluvia de Primavera

## UNA OPINION <sup>1</sup>

---

Cuando se va á escribir acerca de la obra de algún amigo de intimidad, es costumbre tradicional la de encabezar el artículo con fórmula de excusa. Parece difícil y delicado manifestar opiniones personales sobre lo que está efectivamente demasiado próximo á nosotros. Yo creo, por lo contrario, que pocas cosas son más fáciles y sencillas, puesto que los amigos íntimos—por el sólo hecho de serlo—tienen derecho á que les digamos “nuestra” verdad. Es realmente cuando encuentro alguna simpatía en ejercer de crítico..... *per accidens*.

\*  
\* \*

Manuel Magallanes Moure, poeta de hondo sentimiento, seguro crítico de arte, hombre de buen gusto, lleva escritas á la fecha tres piezas de teatro: “El Pecado Bendito”,—estrenada el año último,—“La Batalla”—que trato de juzgar ahora—y “La Madeja

---

<sup>1</sup> Artículo publicado en «Las Ultimas Noticias» al día siguiente del estreno de LA BATALLA.

Negra”—que, según me informan, acaba de obtener una recompensa en el concurso del Consejo de Letras. Las tres las conozco y me considero, por consiguiente, autorizado para hablar del hombre de teatro que hay en él.

Fáltale, y es natural, como á todos nuestros autores, experiencia del oficio. Es una cosa tan especial el teatro, dentro de la literatura, que más de una vez he considerado que se halla fuera de la literatura. Tenemos buenos poetas, cuentistas, novelistas, cronistas, excelentes literatos, en una palabra: sólo carecemos de comediógrafos y de dramaturgos. Y se explica: para tener autores, autores de verdad, es necesario tener teatro. El autor como el cómico, se hace en el ejercicio, no en los libros. La mayoría de las piezas teatrales chilenas que han llegado á mis manos, son interesantes novelas dialogadas, y nada más. Me refiero á las que tienen alguna enjundia, que en cuanto á las otras, á las que explotan sensaciones de actualidad ó sentimientos populacheros, no cabe tomarlas en consideración.

Magallanes Moure no es una excepción. Acierta en los asuntos, tiene cierto instinto de la escena que le permite dar brochazos magistrales; pero carece del sentido de la medida y no sabe absolutamente cuando esto sobra y cuando aquello pesa. Vé las cosas como poeta, á lo sumo como novelista, muy pocas veces como hombre de teatro. Ignora el valor decisivo de un episodio incidental, que, leído, puede resultar admirable, pero que, en las tablas, perjudica porque distrae y debilita. Ved á ese gran Bourget haciendo dramas: con todo su talento, nos parece pesado, y es que como novelista, analiza, desmenuza, se disgrega y, á menudo, se repite. Y el teatro es todo síntesis, todo justeza. Un sólo rasgo debe bastarnos para perfilar

un tipo, para establecer una situación, y ya no nos está permitido insistir, so pena de fatigar al público y de hacer peligrar el éxito de la pieza.

A juicio de muchos críticos, y de no pocos literatos, el teatro, considerado como género literario, es un arte inferior, un arte subalterno. No discuto categorías. Pero, aún dando por sentada la verdad de esa afirmación, es preciso convenir en que no hay nada más difícil de poseer y dominar. Ciertamente es que para todo se requiere un talento especial,—la vocación,—pero en nada como en la obra de teatro es más necesaria, más indispensable esa vocación. Me sonrío cuando me dicen de tal ó cual autor afortunado que es casi un analfabeto. Más que los triunfos teatrales de ese analfabeto me sorprenderían los de un erudito, de un crítico, de un filósofo y hasta de un literato que se hubiese especializado en cualquier otro género.

“La Batalla” es, sin duda ninguna, la más teatral de las obras de Magallanes Moure. Ya se vé también que es la última salida de su pluma, cuando él,—leyendo mucho teatro y, sobre todo, viéndolo,—ha podido adquirir cierta experiencia del juego escénico y una gran familiaridad con el diálogo. Es la más teatral y, sin embargo, su factura general, la manera como en ella se desarrolla la acción, la aproximan á la novela dialogada. No hay “picardía” ninguna en ella, no hay esa suma de habilidad con que el comediógrafo prepara las situaciones sin hacerlas prever, de tal modo que los efectos resulten naturales al mismo tiempo que emocionantes. Advertid que no abogo por la fórmula, que no preconizo la receta; aquí un chiste, allá un quid pro quo, ó una salida sorpresiva, ó una crisis de llanto, nó. Digo que en la comedia estrenada anoche, como en otras que he leído y visto de autores chilenos, no hay efectos porque no hay situaciones, por-

que no se han sabido buscar ó aprovechar. Falta de experiencia, como he dicho, ó de “picardía” como reza el vocabulario del oficio. La ingenuidad con que están hechas, resta interés á la acción, que se desliza lenta y monótona. De ahí que se oigan sin disgusto, pero también sin emoción.

Si á todo esto agregamos la intervencióin inoportuna de personajes secundarios y el excesivo cuerpo que toman los episodios incidentales, habremos dejado señaladas las fallas de la obra de anoche—fallas que son, como he dicho ya, propias de todos los autores noveles, y comunes, por consiguiente, á cuantos en Chile han escrito para el teatro. Preciso es decir ahora, ya que es justo y necesario manifestar los pensamientos completos, que “La Batalla” representa un esfuerzo laudable y un éxito digno de tal esfuerzo. Es forzoso poseer un instinto poderoso del teatro y un buen gusto ingénito no menos poderoso, para adelantarse en tal forma al promedio de nuestra cultura en la materia. Aquí, donde hace unos cuantos años, la compañía Guerrero Díaz de Mendoza vino á arrebatarnos de entusiasmo con los dramones históricos de don José Echegaray; aquí donde Caralt acaba de realizar la más suculenta de las giras que registran los anales de la industria teatral y donde Borrás mismo, para defenderse, tiene que anunciar en sus programas esperpentos como “La Muerte Civil” y “Fin de Condena”, es casi maravilloso que un autor joven logre dar realidad escénica con tanta felicidad á un asunto incapaz de violentar los nervios ni las ideas de nadie. Negad á la “Batalla” las virtudes que queráis; pero no podréis negarle la de una rara distincióin y la de una honradez no menos rara. Nada hay forzado allí, nada rebuscado ni artificioso. Una mano más experta no habría acaso descuidado tanto las figuras de las muje-

res—Carmen é Isabel— por perfilar acabadamente la de Victor, y, sobre todo, la de Eduardo, cuyo drama interior es la espina dorsal de la comedia entera. Pero no me negaréis que los finales de acto son naturalísimos, como en la vida; y que la actitud de Isabel, á partir de las primeras escenas del segundo, se hace tan interesante, que olvida uno fácilmente la opacidad en que se ha mantenido hasta entonces. Bien es verdad que, dentro de nuestro ambiente social y doméstico, suele ser opaco el papel de la esposa y que el alma de nuestras mujeres se revela sólo en los momentos de las grandes crisis.

Magallanes Moure no ha querido exponer en escena sino un interesante caso psicológico: la reversión de las ideas de un hombre mediante un gran dolor. Dicho en otras palabras, un triunfo más de ese gran triunfador que es el sentimiento. Eduardo, carácter expansivo, hombre de tendencias prácticas, materialista que se ríe de la muerte, que mira con lástima á los sentimentales y para quien la oración, aún en labios de las mujeres, es una tontería, se nos aparece vencido, aniquilado, á la vuelta de unos cuantos días.... porque se le ha muerto un hijo fruto de amores clandestinos, en quien adoraba. El contraste de las situaciones está admirablemente planteado; y si el autor no tuvo mayores pretensiones, hay que convenir en que acertó. El arranque final de Isabel cuando sabe á qué se debe el cambio de carácter de su marido, es de una gran dramaticidad, de un efecto hondo y seguro que permite suponer en el autor condiciones superiores de dramaturgo. La figura de Victor, desgraciadamente, se disuelve.

\*  
\* \*

En resumen, dado el conocimiento que tengo del teatro de Magallanes Moure, de su honestidad intelectual á toda prueba y de su voluntad de hacer, creo que el éxito de anoche le impone el deber de perseverar en la producción teatral. La antigua y fraternal amistad que nos une me daría el derecho de aconsejarle que no desmayase, si no supiese también que él es de los trabajadores que creen en la necesidad de progresar. Me asiste la seguridad de que Magallanes Moure, en su próxima obra, habrá evitado todos ó casi todos los escollos con que ha debido tropezar, y nos ofrecerá una magnífica prueba de lo que alcanza el esfuerzo bien encaminado. Hasta ahora—modestias aparte—todos no hemos hecho más que ensayos, y yo creo que el autor de “La Batalla” será uno de los primeros á quienes debamos una obra definitiva.

VICTOR DOMINGO SILVA.

# LA BATALLA

COMEDIA EN DOS ACTOS, ESTRENADA EN EL **TEATRO SANTIAGO**

EL 5 DE AGOSTO DE 1912

---

A

Enrique Borrás

Homenaje de afecto y de admiración.

# REPARTO

---

Personajes:

ISABEL.—(28 años).....  
CARMEN.—(25 años).....  
MARGARITA —(18 años).....

Actores:

Anita Adamuz  
Carlota Pla  
Josefina Infesta

---

EDUARDO.—(35 años).....  
VICTOR.—(38 años).....  
ALFREDO.—(30 años).....  
JORGE.—(25 años).....  
ERNESTO.—(18 años).....

Pedro Codina  
Enrique Borrás  
E. Cantalapiedra  
Juan Catalá  
Fernando Aguirre

## ACTO PRIMERO

---

Salita de recepción en la casa de campo de Eduardo. Tres puertas: una á la derecha del foro y las otras á los costados. Una ventana grande á la izquierda del foro. Por la puerta y la ventana del fondo se ven pilares con enredaderas y más allá el jardín de otoño. Muebles sencillos. Un *boule* á la derecha, á la izquierda consolas. Una mesa Luis XV de madera oscura, al centro y sobre ella, flores. En los muros, paisajes, grabados y dos retratos fotográficos de los padres de Eduardo, en gran tamaño.

ISABEL.—(Viste sencillamente. Se abriga con un paletó de corte inglés. Sus movimientos son tranquilos y afables sus maneras).—¿Crees que llegarán?

EDUARDO.—(Hombre fuerte, expansivo, y algo presuntuoso. Se escucha un poco al hablar. Viste americana de color gris claro y zapatos amarillos.)—Sin duda. El telegrama de Victor es muy claro: hoy..... con ustedes. Y como no llegaron en el tren de la una, han de venir en este de las cuatro.

ISABEL.—¿Y les gustará el cuartito del rincón?

EDUARDO.—Sí, ha de gustarles.

ISABEL.—Ya se ve también. En estos casos todo debe agradar, todo, con tal que no traiga recuerdos tristes.

EDUARDO.—La cuestión es no dejarlos un momento solos. Y hablarles de cosas alegres.....

ISABEL.—Pero tampoco demasiado alegres. Es peor.

EDUARDO.—No hay cuidado. Déjame á mí... (Poniendo el oído.) A ver..... me parece que ya viene el coche. (Camina hacia la puerta del foro).

ISABEL.—(Siguiéndole). Sí, se siente el crugir de las hojas. Vamos á recibirlos. (Entran por la puerta del foro y á poco vuelven con Victor, Carmen y Margarita, la criada, que trae algunos paquetes).

EDUARDO.—Ya están aquí, y les advierto que no les dejaré ir hasta que.....hasta que las penas se vayan.

CARMEN.—(Viste de luto riguroso: toca de crespón y velo echado. Temperamento impresionable, que el dolor hace languidecer). Eso.....

ISABEL.—No le hagas caso, Carmela.

MARGARITA.—(Muchacha sana, fresca, con la piel curtida por el sol. Viste de percalcolor de rosa y la falda apenas le llega al tobillo. Su ropa cruje cuando anda. A Isabel, indicándole una silla) ¿Aquí los dejo?

(Margarita se queda un rato mirando desde el dintel de la puerta del foro hacia la pieza).

EDUARDO.—Es que ahora mando yo..... y yo mando que permanezcan ustedes presos en mi casa hasta que hayan ganado la libertad, hasta que sepan conducirse como gente.....

VICTOR.—(Viste de luto. Nada de extraordinario en su persona. Espíritu apocado. Discreción y casi encogimiento en sus actitudes). Entonces no saldremos nunca de aquí.

EDUARDO.—Sería lo mejor. ¿Trajeron todo lo que les dije?

CARMEN.—Sí, Eduardo. Todo.

ISABEL.—¿De modo que vienen dispuestos á invernar con nosotros?

CARMEN.—Si nos soportan.....

EDUARDO. Déjate de esas cosas. ¡No faltaba más!

ISABEL.—Aquí estarán ustedes bien. Nadie los molestará. El cuartito que les tengo parece mandado hacer para ustedes: chiquito, alegre, distante de todo bullicio, lleno de luz, con una ventana grande, que da á la viña. Es la pieza más mona de la casa. ¿Quieren que vayamos á verla?.

CARMEN.—Más tarde.

EDUARDO.—La verdad. A mí ese cuartito me encanta y muchas veces estuve tentado por convertirlo en pieza de trabajo. Es tan iluminado, tan tranquilo..... Y luego, esa preciosa vista que tiene.

ISABEL.—Muy linda vista.

EDUARDO.—La viña, los sauces del fondo, la cordillera. Pero es un poco chico y además tiene el inconveniente de hallarse algo léjos de mi dormitorio, y como á mí me gusta escribir de noche..... Para ustedes, en cambio, es espléndido.

VÍCTOR.—Gracias. Quedaremos bien en cualquier parte.

ISABEL. Camina Carmela, vamos á verlo.

CARMEN.—Dentro de un rato..... Después.

ISABEL.—Les aseguro que estarán muy bien en esa pieza.

EDUARDO.—Como unos novios. (Pausa).

ISABEL.—(A Eduardo). ¿Llegaría Juan con el equipaje?

EDUARDO.—Voy á ver. (Se va por el foro).

ISABEL.—(A Carmen). Y miseá Juana; cómo quedó?

CARMEN.—No está muy bien mi mamá. Siempre reumática y con su enfermedad al corazón. Duerme mal, no puede acostarse porque dice que le vienen ahogos; de manera que pasa las noches sentada en la cama, afirmándose en almohadones.

ISABEL.—Pobre miseá Juana. (Pausa). ¿Y la Julia?.....

Nos dijeron que estaba mejor.

CARMEN.—Ahora está peor que nunca.

ISABEL.—¿Pero no decían que estaba mejor?

CARMEN.—Estuvo mejor antes de la enfermedad de Jorgesito, pero después..... hace un mes que le han vuelto los ataques.

ISABEL.—¿Le dan ataques?

CARMEN.—Si, terribles.

ISABEL.—¿Y qué siente?

CARMEN.—Las rarezas más grandes, que ni ella misma puede explicar bien.

ISABEL. ¡Qué tremendo!

CARMEN.—Figúrate que á veces es como un hipo fuerte que le viene de muy adentro y la extremece toda; otras veces es un malestar de fatiga, como si fuera á morirse. Un día se nos quedó sin habla, tiritando, y al rato rompió á llorar á gritos. Después de los ataques duerme tres y cuatro horas como si le dieran morfina.

ISABEL.—¡Qué cosa tan terrible!

CARMEN.—Y es un sueño que dá miedo, porque así dormida, su cara no deja de hacer gestos.

ISABEL.—¡Espantoso! I los médicos.....qué dicen?

CARMEN.—Lo de siempre. Que son nervios, que es histerismo.....qué sé yo. Que necesita salir, distraerse, pasear, cambiar de vida.

ISABEL.—La eterna historia.

CARMEN.—¡Como si fuera tan sencillo todo eso! Vaya alguien á conseguir que la Julia deje el cuidado de mi mamá y las ocupaciones de la casa y su modo de ser de toda la vida...Habría que comenzar por hacerla de nuevo.

(Aparece la criada en la puerta del foro).

MARGARITA.—Ice Juan que onde eja las maletas que trajo é l' estacion.

ISABEL.—¿Qué no le dijo Eduardo donde las pusiera?

MARGARITA.—Yo no sé, señorita.

CARMEN.—Que las deje ahí, en el corredor.

VICTOR.—En cualquier parte. (Margarita gira para entrar, mostrando en la rapidez de la vuelta las blancas enaguas).

ISABEL.—No, mira. Dile á Juan que las lleve á la pieza chica.

(Margarita no dá señales de comprender). Allá... Al cuartito del rincón...(Margarita cerrada). ¡Oh! Donde dormía la loral!

MARGARITA.—(Se le ilumina la cara). ¡Ah! Sí, señorita. (Vase).

ISABEL.—(A Carmen). ¿No quieres quitarte la toca? Vamos á mi pieza si quieres. (Pausa). Debes estar incómoda, sofocada.

CARMEN.—Déjame así. Gracias.

ISABEL.—Como tú quieras. Te lo decía por el calor que hace.

CARMEN.—Estoy bien, gracias. Aunque... voy á levantarme el velo. (Se echa el velo hacia atrás).

ISABEL.—Y usted Victor, ¿no quiere pasar á lavarse, á quitarse el polvo?

VICTOR.—Gracias. Después...

ISABEL.—¿Y porqué no vá al jardín? Hay un escaño debajo de aquel pino y es delicioso sentarse ahí, á la sombra. ¿Quieres ir, Carmela?

CARMEN.—Gracias. Más tarde.

VICTOR.—Estamos bien aquí.

ISABEL.—Pero, por favor, no tengan etiqueta conmigo. Ni les sienta, ni aquí se acepta eso. Ni siquiera se conoce.

CARMEN.—No es etiqueta, Isabel.

VICTOR.—Es que estamos bien aquí.

ISABEL.—(Que se había levantado, vuelve á sentarse). Bueno, así me gusta. ¿Puede haber algo más agradable que la confianza? Y entre personas de la familia, sobre todo. Aquí están ustedes en su casa. Hagan lo que quieran, dispongan como les acomode, sin tomarnos en cuenta para nada.

CARMEN.—Gracias.

ISABEL.—Como si nosotros no existiéramos. Eduardo y yo haremos lo mismo respecto de ustedes. (A Carmen) Estás en casa de tu hermano y es como si estuvieras en tu propia casa.

CARMEN.—Sí nosotros aceptamos.....

ISABEL.—Nada de afanes, ni de preocupaciones. La casa seguirá como antes y como la casa todos los que en ella viven.

CARMEN.—Si nosotros.....

ISABEL.—Como si nada de extraordinario hubiera pasado. ¿No es cierto que así piensan ustedes también?

CARMEN.—Si nosotros aceptamos la invitación de ustedes, fué precisamente porque pensamos como tú dices.

VICTOR.—Sin embargo.....Tendremos que molestar. Nuestra situación.....(Pausa).

ISABEL.—(Suspira). Eso no, Victor. Nos hacemos cargo.....Pero.....Hay que conformarse con la voluntad de Dios.....y aceptar con resignación los sufrimientos que Él nos envía. (Pausa).

CARMEN.—(Se lleva el pañuelo á los ojos) Es lo que yo le digo á Victor; es lo que nos dicen todos: hay que conformarse.....

ISABEL.—Si, porque de lo contrario ¿dónde iríamos á parar? En estos casos es cuando sirve la religión,

la fe. Yo en cuanto supe la desgracia de ustedes, pensé que Dios había querido llevarse á ese angelito para adornar el cielo con él.

CARMEN.—Lo mismo le digo yo á Victor. Pero.....  
(Llora lentamente).

ISABEL.—No sé, pero al pensar que todos nuestros sufrimientos son obra de Dios.....una siente cierto placer en sufrir. Yo no he tenido que padecer dolores como el tuyo...El Señor no me ha dado hijos... Pero, ¿creerás Carmela, que cuando estoy bien de salud echo de menos mis males? Me he acostumbrado á sufrir porque siempre tengo presente todo lo que el Señor padeció por nosotros; porque cuantas amarguras pueda una experimentar, siempre serán pocas comparadas con las que Él experimentó por nosotras.

VÍCTOR.—Es una dicha...

CARMEN.—No es dicha, Victor; pero pensar así algo consuela. ¡Si yo tuviera la seguridad de que mi hijito está en el cielo!

ISABEL.—¡Pero quién puede dudarlo siquiera! Un angelito como ese tiene que estar al lado de Dios.

CARMEN.—Y sin embargo... (Llora contenidamente). ¡Qué diera por tenerlo á mi lado!

(Aparece Eduardo en la puerta del foro. Tira sobre una silla el amplio sombrero y se enjuga con el pañuelo el sudor de la cara y de las muñecas).

EDUARDO.—(Sonriendo) ¡Cómo quema el sol! (Pausa) Pero ustedes no han ido siquiera á dar una vuelta por el jardín.....

VÍCTOR.—Sí, iremos más tarde.

ISABEL.—Yo los convidé también y no quisieron moverse de aquí.

CARMEN.—Esperemos que baje más el sol.

EDUARDO. —(A Isabel). Estuve viendo que concluyeran la plantación de alcachofas. Hay como mil matas. Te traigo, eso sí, una mala noticia; hubo necesidad de cortar los duraznos del fondo, esos duraznos viejos, para que no les falte el sol á las alcachofas.

ISABEL. —¿Los duraznos de Zaragoza?

EDUARDO. —Sí: los duraznos de Zaragoza.

ISABEL. —¿Qué barbaridad! ¿Y crees que eso está bien?..

EDUARDO. —Si lo he hecho.....

ISABEL. —Es que tú haces unas cosas... Imagínese, Victor, que para plantar alcachofas ha arrancado seis duraznos esquisitos.

EDUARDO. —No niego que eran esquisitos allá..... en su juventud. Pero ya estaban apolillados de puro viejos. Tenían los troncos huecos, completamente huecos. Tú comprendes que.....

ISABEL. —Ya sé que estaban apestados y para eso les eché parafina primero y luego sulfato de cobre. Tal vez iban á sanar.

EDUARDO. —Si la vejez fuera cosa de curarse, me declararíá culpable de arboricidio. Pero hija, hasta aquí no se ha inventado un remedio para la ancianidad y tus duraznos no sólo eran ya ancianos: habían pasado á la categoría de momias.

ISABEL. —Siempre con tus cosas. No se puede hablar nada en serio con este hombre.

EDUARDO. —Ya verás qué bien han quedado las alcachofas y me encontrarás razón cuando te las comas.

ISABEL. —Sabes que no me gustan. Esos duraznos, en cambio, eran una delicia.

EDUARDO. —No te inquietes: hice varios injertos por mi mano, de modo que para el año venidero... Dios mediante, como tú dices, tendrás de los mismos y

probablemente mucho mejores que los que daban esos árboles prehistóricos.

ISABEL.—Veremos... (Pausa).

EDUARDO.—¿Sabes que ese pobre Emeterio me ha apenado?

ISABEL.—¿No se le mejora la chiquilla?

EDUARDO.—Dice que está peor... La verdad: tantas cosas tristes estoy viendo...

(Carmen se lleva el pañuelo á los ojos).

ISABEL.—Bueno. Hablemos de otra cosa.

EDUARDO.—Sí: porque si continuamos contando calamidades, vamos á enfermarnos de los nervios. A ver, Victor: ¿cómo te encuentras para una manito de brisca?

VICTOR.—Hace tanto tiempo que no juego. Ya ni me acuerdo.

EDUARDO.—Nó, nó. Tienes que jugar conmigo. Espérate. (Busca algo con la vista).

ISABEL.—El naipe está ahí, dentro. (Indica el *boule*).

EDUARDO.—(Va y abre el mueble) ¡Ah! sí. Aquí está (Quitando las flores de la mesa). Quitamos esto... (Acercando dos sillas). Nos sentamos... (Se sienta). Y á ver si te gano unos cinco pesos. ¿Qué te parece que juguemos á cuarenta la sencilla, á ochenta la doble y á chaucha la campanilla? Porque pienso ganarte con campanillas. (Coge el naipe y comienza á contar las cartas, para ver si está completo).

VICTOR.—(Con desgano). Bueno. Pero te digo que no me acuerdo.

ISABEL.—Juegue, Victor. Eso lo distrae.

EDUARDO.—¿No ves que es para que lo roguemos? Caramba! ya me hicieron perder la cuenta. (Cuenta de nuevo). Ven acá, hombre de Dios. (A Isabel). Que nos traigan cerveza. (A Victor). O prefieres un poco de whisky con agua...

VICTOR.—Bueno. Un poco de whisky.

ISABEL.—(Levantándose). Y para tí, ¿cerveza?

EDUARDO.—Sí, Pilsener. (Cuenta de nuevo las cartas de la baraja).

ISABEL.—(Á Carmen). Voy y vuelvo. (Entra por el foro).

EDUARDO.—A ver mi amigo don Victor: acérquese y apronte las platas.

VICTOR.—Me vas á ganar fácilmente. (Se acerca á la mesa).

EDUARDO.—(Contando las cartas). Treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve y cuarenta. Está cabal. Ahora el primer mono da. (Va echando cartas sobre la mesa). China de espadas. Tú das.

VICTOR.—(Sentándose). Te digo que no me acuerdo.

EDUARDO.—A otro perro con ese hueso. (Coge las cartas). ¡Qué juego tan pésimo me has dado! ¿Oros son triunfos? ¡Y el caballo! ¿A que se dió el siete? (Victor cambia una de las cartas que tiene en la mano por la que señala el triunfo). ¿No ve? ¿No lo decía yo? Tienes, Carmela, un marido que es un gallo... (Tirando una carta). Un gallo fino... (Recoje la baza). Venga ese copón para acá. Para principiar no está malo.

VICTOR.—Veinte de copas.

EDUARDO.—(Sin quitar la vista del juego). Qué te digo, Carmela. Acusa copas. ¡Qué será cuando llegue el whisky! No se puede uno descuidar con este hombre... Porque si uno se descuida... (Pausa). La verdad. No sé qué jugarte.

(Llega Isabel por el foro y se queda mirando el juego.)

ISABEL.—Parece que Victor te tiene apurado.

EDUARDO.—(Decidiéndose). Ya no espero más. Prefiero perder el acuse. Ahí va el caballo. (Á Isabel). ¿Por qué no haces llamar á Alfredo y á Ernesto para ofrecerles un trago de cerveza?

ISABEL.—Acabo de decirle á Margarita que los busque. Yo no los he visto. Talvez se han ido á la viña.

EDUARDO.—¡Ahora sale este rey estúpido! Ahora... Llévatelo. No lo quiero.

ISABEL.—Psch... Te va á ganar muy léjos Victor.

VICTOR.—Veinte de espadas.

ISABEL.—¡Uf! ¡Esto va á ser con campanillas!

EDUARDO.—¡Pesado el hombrecito! Mira con las que se deja caer. Cuando digo que es un gallo... (Carmen se levanta).

ISABEL.—(A Carmen). ¿Quieres que vamos al corredor?

CARMEN.—Bueno, vamos.

ISABEL.—Pero ahora te quitarás eso... (Indica la toca).

CARMEN.—Bueno.

ISABEL.—(Señalando la puerta de la derecha). Vamos por aquí, entonces. (Entran).

EDUARDO.—¡Respiro!

VICTOR.—¡Qué! Por lo menos me has cortado el cuarenta.

EDUARDO.—Adivinaste. ¡Mira! (Le muestra triunfalmente una carta). Pero de bien poco me sirve. Con los dos acuses de á veinte que tienes ya, formas el cuarenta. (Pausa). ¡Hum! Me vas á ganar muy léjos... (Pausa). ¡Bárbaro! ¡Qué haces! Me regalas una brisca.

VICTOR.—Ya ves.

EDUARDO.—¡Cómo estará el cementerio que echa afuera los muertos! ¿No tienes bastos que juegas triunfos?

VICTOR.—(Examina sus cartas). ¡Ah, sí! No había visto.

EDUARDO.—¿Trampitas tenemos?

VICTOR.—(Casi ofendido). Nó; no son trampas. Es que no sé cómo estoy jugando.

EDUARDO.—¿Con qué no sabes, nó? ¡Toma! ahí va ese arrastre para que sepas.

VICTOR.—(Tirando una carta). No te imaginas Eduardo...

EDUARDO.—¡Pero qué haces! ¡Un renuncio!

VICTOR.—Te digo que no sé...

EDUARDO.—(En tono de reproche). No sabes, no sabes...

Ahora no sabes. Ahora que el juego me favorece...

Te conozco, bribón.

(Llega Margarita por el foro trayendo una bandeja con botellas y vasos).

VICTOR.—Se ve que no me conoces.

MARGARITA.—¿Dónde la ojo?

EDUARDO.—Aquí. (Le indica un extremo de la mesa), Sírvete al caballero.—(A Víctor, mientras la criada le sirve) Te recomiendo este whisky porque es bien bueno: del Club de la Unión (Con extrañeza). ¿Nada más?

VICTOR.—Suficiente.

EDUARDO.—(A Margarita.) ¿Encontraste á los niños?

MARGARITA.—Por el potrillo andaban atrás de los caballos.....

EDUARDO.—Y qué dijeron.....

MARGARITA.—Que venían volando. (Váse Margarita).

EDUARDO.—Sírvete el trago y á ver como sigue esto. (Bebe).

VICTOR.—(Bebe también). ¿Vamos á seguir entonces?

EDUARDO.—Me parece. Y te advierto que voy á ganarte.

VICTOR.—Mira: dime lo que quieras pero no puedo. No sé lo que estoy haciendo. No te imaginas... (Deja las cartas y mueve la cabeza).

EDUARDO.—¿Estás enfermo?

VÍCTOR.—Nó... (Se pasa la mano por la frente)

EDUARDO.—Pero qué tienes entonces.....

VICTOR.—Yo mismo no sé... Todo me disgusta, nada me interesa. Nada que no sea mi propio pensamiento.

EDUARDO.—Eso es lo que se llama neurastenia. Yo la tuve cuando se suicidó la *Poupée*. ¿Te acuerdas?

VICTOR.—Creo que lo mío es distinto. No me gusta ni hablar ni oír hablar. La luz me hace daño. Quisiera estar acurrucado en un rincón obscuro, adonde no llegara ningún ruido.

EDUARDO.—Eso, eso es neurastenia. ¡Qué me dices á mí, que estuve á punto de volverme loco! Si no es por el Doctor Orrego, que me tomó por su cuenta y me puso los puntos sobre las íes, á estas horas yo estaría en el manicomio, y quizás en el hospicio... ¿Y sabes? De todo el régimen curativo del doctor, nada me hizo tanto bien como el consejo de que no siguiera leyendo novelas cursis y libros sentimentales. “Joven,—me dijo, con cierta ironía,—lea usted á Schopenhauer”. Y lei, no sólo á Schopenhauer, sino también á Nietzsche. Yo estaba enfermo de sentimentalismo y esos dos filósofos me enseñaron á considerarlo como un signo de inferioridad. Esto me curó para toda la vida. (Pausa). ¿Tú lees poco?

VICTOR.—Poco me gusta.

EDUARDO.—Es que debes leer. Yo te prestaré libros y sanarás, como sané yo, para toda la vida.

VICTOR.—Pero tu caso no es el mío. Ni creo que pueda compararse el suicidio de una amante con la muerte de un hijo.

EDUARDO.—¿Ves? Ya apareció el sentimental. En la relatividad de todo, los dos casos son iguales. ¿Por qué hade ser mayor el dolor del padre que el del amante? (Tira las cartas sobre la mesa)

VICTOR.—No digas eso.

EDUARDO.—Sí, lo digo: porque debo destruir en tí la idea de que tu dolor es único y que tu desgracia

supera en magnitud á cualquiera otra desgracia. Tú observas el dolor ajeno, si lo observas, sin despojarte ni por un segundo de tu propio sentir. Es como si un médico pretendiera tomar el pulso sin quitarse los guantes. Y sí para percibir las pulsaciones hay que proceder á mano desnuda, para apreciar los sentimientos de los demás es necesario también desnudar nuestro espíritu, quitarnos los guantes del egoísmo. De otra suerte, es imposible hacerse cargo del dolor de los demás. Ni se puede tampoco medir el dolor propio.

VICTOR.—Eres tú quien no se hace cargo.....

EDUARDO.—Permíteme. Sí, me hago cargo de tu dolor y tanto, que me pongo en tu caso.

VICTOR.—¿Quieres que sigamos jugando?

EDUARDO.—Te digo que me pongo en tu caso.....

VICTOR.—Pero tú no tienes hijos. No conoces el amor de padre.

EDUARDO.—¿No ves? Das por sentado un hecho que no te consta.

VICTOR.—A no ser que.....

EDUARDO.—A no ser que pretendas ser tú también el único hombre que ha dado cumplimiento al “multiplicaos” de la Escritura.

VICTOR.—Y si es cierto que tienes un hijo, no puedes quererlo como yo quería al mío.

EDUARDO.—¡Claro! Tú el único en sufrir y el único en querer. Eres un sér excepcional. (Riendo). El molde en que te formaron estaba sin uso y luego que estuviste hecho se rompió. Nadie igual á tí ¿no es cierto?

VICTOR.—Mira: mejor será que sigamos la brisca.

EDUARDO.—¡Qué brisca ni qué.....! Déjame gozar con lo que acabas de decir, hombre extraordinario.

VICTOR.—No me entiendes, Eduardo. Lo que te di-

go es que no se puede querer lo mismo á los hijos que son nuestros hijos ante todo el mundo, que á aquellos que..... (Bebe)

EDUARDO.—Evítate la explicación. Yo te la daré hecha. Según tu modo de pensar..... no se puede querer lo mismo á los hijos ilegales que á los legales.

VICTOR.—No, no es eso. Pienso que un padre ha de querer más al hijo que ha visto nacer, que ha tenido siempre á su lado, á quien ha guiado desde sus primeros pasos, por quien ha sufrido mucho, y para quien ha conquistado en fuerza de trabajo y de lucha una situación social y económica.....

EDUARDO.—(Levantándose). ¡Ah, sí! Perfectamente. Pero el hombre que por prejuicios sociales, ó por llevar la fiesta en paz, ó por lo que sea, está condenado á permanecer lejos de su hijo, y á velar por él desde la distancia y como quien dice á hurtadillas, ese hombre puede amar relativamente á su hijo, fíjate bien, relativamente, tanto ó más que el padre socialmente reconocido. Y al fin ¿porqué comparar sentimientos que no tienen para nosotros punto de comparación? ¿Tú sabes lo que es tener un hijo fuera de la sociedad? ¿Sé yo lo que es ser padre legal? (Pausa). Cada cual siente como siente y no sabe como sienten los demás. Me río yo de los que creen tener el privilegio de sufrir mejor y más cumplidamente que el resto de los mortales. ¿En qué puede apoyarse tal pretensión? Porque es toda una pretensión esa de no admitir competidores en el dolor..... (Bebe).

VICTOR.—Debe de ser como tú dices.

EDUARDO.—Entonces, aceptas que haya otras personas en el mundo que puedan sufrir tanto ó más que tú.

VICTOR.—Más nó.

EDUARDO.—Tanto como tú, entonces. (Pausa). Pues con aceptar esto— que es en buena cuenta la verdad—tienes una idea consoladora. No eres el único. Hay otros, muchos otros que han experimentado ó que experimentan un dolor análogo ó más intenso que el tuyo. Diga el proverbio lo que diga, el mal de muchos es el consuelo de..... todos.

VICTOR.—Pero.....

EDUARDO.—No. No hay pero que valga. Para barrer las telarañas del sentimentalismo, no hay mejor escoba que la razón. Piensa ahora todo lo inútil que es aferrarse al dolor cuando nos encontramos ante lo irremediable. Y luego..... que á veces uno sin quererlo deja de ser sincero. Examínate á ti mismo y observa cuanto hay de falso, de simulado, en ese dolor que tú crees sublime.

VICTOR.—Veo que vas demasiado lejos.

EDUARDO.—Me empeño en demostrarte la verdad. Nada más. Desde que murió tu niño ¿en ningún momento, en ningún instante ha cruzado tu mente un pensamiento plácido? Más de una vez, sin duda...(Se asoma Ernesto á la puerta, y al ver á Victor se retira).

EDUARDO.—Oye, Ernesto.....¡Ernesto!

(Ernesto, apareciendo de nuevo en la puerta). Qué hay,...(Es un mozo de veinte años, bien trajeado, aún cuando no sea un cuidadoso de su persona),

EDUARDO.—Entra, hombre. (Victor y Ernesto se dan la mano). Y Alfredo? Dónde anda?

ERNESTO.—(Se echa á reír). ¿Alfredo? Está sacudiéndose la ropa. Se pegó un costalazo macanudo.

EDUARDO.—¿Cómo?.....

ERNESTO.—Montó en pelo, el lunanco para pillar al negro y el lunanco se puso á corcovear y lo botó.....

EDUARDO.—¿No habrá sido diablura tuya?

ERNESTO.—Nó. Si yo no le hice nada.

EDUARDO.—Es raro, porque ese caballo es muy manso.

ERNESTO.—Hubieras visto como rabiaba el gringo.....

Quedó bien revolcado.

(Entra Alfredo por la puerta del foro. Es este Alfredo Thompson un joven de treinta años, alto, delgado, rubio, mestizo de inglés. Hay en su hablar un ligero acento británico. Sus modales poseen una sobria elegancia. Viste correctamente. Se detiene indeciso).

ALFREDO.—Te presento a Víctor Gandarillas. (A Víctor).

Alfredo Thompson (Se dan la mano).

ALFREDO.—(A Víctor). Señor... servidor de usted.

EDUARDO.—¿Quieren cerveza?

ALFREDO.—Yo no, gracias.

ERNESTO.—Ya tomé en el comedor.

EDUARDO.—(A Alfredo). ¿Con que te caíste?

ALFREDO.—(Por Ernesto). El jovencito, pues.

ERNESTO.—(Riendo). Se le ha puesto que yo le hice algo al caballo para que lo botara...

ALFREDO.—Claro. No se comprende de otro modo.

EDUARDO.—(A Ernesto). Tienes que confesarla. ¿Qué hiciste?

ERNESTO.—Nada, nada..

ALFREDO.—Si. Cuando yo iba á subir, tú te acercaste á la trasera del animal. Después comenzó á brincaros.

EDUARDO.—Ya sé.

ERNESTO.—¿Qué? Si no le hice nada.

EDUARDO.—Le hiciste cosquillas con alguna ramita.....

ALFREDO.—Si, andaba con una varilla.

ERNESTO.—(Sin dejar de reir). Les diré: fué que quise sacarle una semilla de clonqui que tenía en la cola, y por sacársela, se le enredó más.

EDUARDO.—Ah, bribón, lo has hecho de intento.....

ERNESTO.—Nó, nó. Juro que fué así.

ALFREDO.—Haces bien en ponerte serio porque sino.....

ERNESTO.—¿No sales á caballo conmigo?

ALFREDO.—Sería poco eso. Te habría dado un revolcón.

EDUARDO.—¿Van á salir, entonces?

ERNESTO.—Sí, ya tenemos los caballos ensillados.

EDUARDO.—Cuáles ensillaron.....

EDUARDO.—El negro y la yegua baya. ¿Quieres que te cuente el cuento de la yegua baya de don Pedro Arcaya?

EDUARDO.—Bueno.

ERNESTO.—Yo no te digo que me digas bueno sino que si quieres que te cuente el cuento de la mula baya.... (¡mula era!) de don Pedro Arcaya.

EDUARDO.—Cuéntalo.

ERNESTO.—Yo no te digo que me digas cuéntalo sino....

EDUARDO.—(Le da un pescozón). Bueno. Me la pegaste.

ERNESTO.—.....Si quieres que te cuente el cuento de la mula baya.....

EDUARDO.—¡Está bueno!

ERNESTO.—.....De don Pedro Arcaya.....

EDUARDO.—¿Vas á callarte? (Poniéndose serio). Mira Alfredo: antes que se me olvide, voy á hacerte un encargo. Ustedes no se van hasta después de comida, ¿no?

ALFREDO.—(Mira á Ernesto, luego á Víctor). Tal vez sería mejor.....

ERNESTO.—¡Que! ¿Irnos? Ni por pienso.....

EDUARDO.—Así me parece. Bueno, por si se me olvida después, voy á pedirte un favor. (Saca la cartera). Estos cien pesos los llevas mañana á donde tú sabes.

ALFREDO.—¿Allá?

EDUARDO.— Sí, allá. (Hace con el índice un enredo de líneas en el aire y se queda apuntando). Allá ... (Rie).

ALFREDO.— (Sonriendo). Bueno, con mucho gusto.

ERNESTO.— (A Alfredo). ¿Vamos?

EDUARDO.— Cuidado con la yegua baya.....

ERNESTO.— ¿De don Pedro Arcaya?..... No hay cuidado.

EDUARDO.— Es que puede botarte.

ERNESTO.— ¿A mí? Já, já.....

ALFREDO.— Acuérdate del otro día.

ERNESTO.— ¡Bah! ¡Porque se soltó la cincha... Ahora...

(Arquea las piernas, se inclina adelante, hace chasquear la lengua y mueve los brazos como si fuera refrenando un caballo brioso). Algo he de aprenderle al gringo éste. (Todos rien, hasta Victor). ¿Vamos? (Entra por el foro).

ALFREDO.— (A Victor). Con permiso. (A Eduardo). ¿A qué horas comen?

EDUARDO.— A las siete, más ó menos. En todo caso los esperaremos. ¿Van léjos?

ALFREDO.— No, llegaremos hasta el río no más. (Entra por el foro)

EDUARDO.— Así comprendo yo la vida: alegre, sana entusiasta.

VICTOR.— No tienen por qué sufrir.....

EDUARDO.— Y cuando les llegue el turno, sufrirán con entereza: no se dejarán anonadar como tú.

VICTOR.— Quien sabe.....

EDUARDO.— No, no. Tú te empecinas. Sin embargo, cuando algo te distrae.....

VICTOR.— No puedo distraerme.

EDUARDO.— Hace un momento te vi reír con las payasadas de Ernesto, y ahora vuelves á poner cara de mártir cristiano. Es lo que te decía denantes.....

VICTOR.— ¿Qué?

EDUARDO.— Que cuando te sorprendes pensando en al--

go agradable, te esfuerzas por ahogar esa sonrisa de tu alma.....¿Por qué? Porque crees oír una voz que te dice: “No está bien sonreír ahora.” Y esa voz no nace en tí, sino que viene de afuera: de la pieza vecina, de la casa del lado, de la calle, del mundo. Es la voz del amo, la voz de la sociedad, de esa.....máquina que coge las almas y sólo las suelta cuando las ha reducido á las dimensiones corrientes, del mismo modo que el aserradero agarrar los árboles de distinto tamaño y no los larga hasta que no están convertidos en tablas de igual medida.

VICTOR.—Sabes mucho, Eduardo.

EDUARDO.—¡Ah! Es que el alejamiento de la ciudad enseña mucho. ¡No te imaginas todo lo que uno aprende en la soledad del campo! (Pausa). Sin esa influencia tiránica del “que dirán”.....¿crees que tu dolor de hoy sería tan firme?

VICTOR.—Sería el mismo, Eduardo.

EDUARDO.—Te equivocas.

VICTOR.—No digas eso. Nó. No me lo digas. Tú no sabes lo que es sufrir como yo sufro.

EDUARDO.—Pero me encuentras razón en lo que te he dicho. Lo he leído en tus ojos.

VICTOR.—Sí.....posiblemente.....Pero....(Dolorosamente). ¡No basta eso, no basta! Yo quería tanto á mi hijito.....Tú no te imaginas. Es como si ahora anduviera á tientas, como si me hubiera quedado á oscuras. A veces llevo á creer que el niño está en el cielo.....¡tanto se lo dicen á uno! Pero después viene la duda y pienso que eso es una mentira, un engaño para consuelo de las mujeres.

EDUARDO.—Evidente.

VICTOR.—A veces me niego á creer que Jorgecito ha muerto: entonces me pongo á pensar que está en

EDUARDO.—Evidente.

VICTOR.—A veces me niego á creer que Jorgecito ha muerto: entonces me pongo á pensar que está en casa de algún pariente, que anda paseando, y que va á volver..... Cada puerta que se abre, me parece que es él, que llega..... Y sin embargo, yo sé que no ha de volver nunca. (Pausa). ¡Qué brutal es la palabra *nunca!*

EDUARDO.—Esa mezcla de realidad y de ensueño es lo que más atormenta. Eso que tú dices que sabiendo que tu niño no ha de volver, esperas sin embargo que vuelva, eso es lo malo. O se cree á ciegas, como las mujeres, ó no se cree absolutamente. No hay más.

VICTOR.—¡Qué sencillo es decirlo!

EDUARDO.—Pero si es cuestión de pensar, de razonar. La muerte es un fenómeno natural, puesto que nada escapa á ella. La transformación de la materia: eso es la muerte. Si todo cambia, no veo por qué habríamos de ser la excepción en esa ley universal. La cuestión es aceptar la muerte tal cual es: un organismo que se disuelve para dar vida á otros organismos, como la cápsula se rompe para diseminar la semilla. Pero.....¿me oyes?

VICTOR.—Sí, te oigo. Es muy bonito lo que dices.....

EDUARDO.—Bueno. Aceptada la verdad, la resignación viene sola. Ante lo irremediable, no queda sino eso: resignarse. Cuando se comprende lo inútil de la protesta, cesa el deseo de protestar: uno se resigna, y calla. ¿Y puede haber algo más inútil que protestar de la muerte?

VICTOR.—Yo quisiera pensar como tú..... ó creer como cree Carmen, como cree Isabel..... como creen todas. Pero no puedo. Te envidio..... como las envidio á ellas.

EDUARDO.—Todo es cuestión de voluntad. Aquí me tienes á mí. Ayer me avisaron que mi chico está bastante enfermo. Y sin embargo.....aquí me tienes. Ni siquiera he ido á verlo. ¿Qué sacaría con ir? Si la cosa es grave, mi presencia de nada serviría....y si es una enfermedad pasajera, mi viaje sería inútil. Con que.....á ver si te aprovecha la conferencia. (Le da palmadas en el hombro). Voy á hacer traer una lámpara porque ya se va la luz. (Isabel y Carmen llegan por el foro). ¡Hola! Ya volvieron. (A Isabel) ¿Quieres pedir una lámpara?

ISABEL.—¿Van á seguir jugando? Cómo lo han tratado, Victor.

VICTOR.—Bien, gracias.

ISABEL.—¿Ha ganado?

VICTOR.—(Levantándose). Si no hemos jugado.

EDUARDO.—Hemos estado conversando.

ISABEL.—¿Tenían mucho que contarse?

EDUARDO.— Algo.

ISABEL.—¿I se puede saber?

EDUARDO.—Nada de interés para ustedes.

ISABEL.—(A Carmen). ¿No te da que pensar tanta reserva?

EDUARDO.—Victor me contaba sus aventuras de amor y yo le confiaba las mías.....¿Qué te parece, Carmela?

ISABEL.—Voy á pedir la lámpara. (Entra. Su voz se oye por el corredor). Margarita.....Margarita.....

CARMEN.—Hacen bien en distraerse.....

EDUARDO.—¿Oyes, Victor?

VICTOR.—Bien sabe que no estoy para esta clase de distracciones. (Vuelve Isabel por el foro)

ISABEL.—Con que..... ¿aventuras de amor?

EDUARDO.—¿Nos crees incapaces de tenerlas? (Isabel rie).  
¿Tan viejos estamos?

ISABEL.—Un poquito menos que los duraznos de Zaragoza que hiciste cortar.....

CARMEN.—¡Qué barbaridad!

EDUARDO.—¿Oyes, Victor?..... Protesta, hombre, protesta.

VICTOR.—Yo no protesto.

EDUARDO.—¿Te resignas á la vejez?

VICTOR.—(Con desconsuelo). No sólo á la vejez: a todo.

ISABEL.—(Riendo). ¡Por Dios, Victor.....no lo he dicho por usted.....

EDUARDO.—Yo no soy tan...manso. (A Isabel, amenazándola con el dedo) Y usted.....Me dará explicaciones más tarde. (Llega Margarita con la lámpara encendida, pasa por entre el grupo y se acerca á la mesa)

ISABEL.—Si quieres, te las doy luego.

EDUARDO.—No, no se apure tanto. Más tarde, cuando se las pida.....

MARGARITA.—¿Aquí la dejo? (Indica la mesa).

EDUARDO.—Sí, déjala ahí. (Se aproximan todos á la luz. Margarita va á entrar). Oye: llévate las botellas. (Margarita coge las botellas y entra).

ISABEL.—Es que, cuando me pidas esas explicaciones, yo no te las daré.

EDUARDO.—Veremos.....(Pausa). ¿Juguemos una brisca, Carmela?

CARMEN.—Nó.....gracias. (Mira á Isabel). Nosotras tenemos que hacer todavía.....

EDUARDO.—Todavía.....¿En qué estaban, entonces?

ISABEL.—Pololeando.....con los tiuques de la viña.

CARMEN.—(Se da una manotada en la cara). ¡Ay! ¡Qué es esto!

EDUARDO.—¡Qué!

VICTOR.—¡Qué hay!

ISABEL.—Qué te pasa.....

CARMEN.—Algo que me cayó en la cara.

VICTOR.—Pero qué.

ISABEL.—Alguna mariposa. (Todos miran en redor). Ahí está. (Indica el pie de la lámpara).

EDUARDO.—Aquí está, la pobrecita. (Hace que la coge y la mira).

CARMEN.—¡Qué susto me ha dado!

EDUARDO.—(Se dirige á la puerta del foro. Declama:)

Una incauta mariposa  
diz que á una pieza entró.....

(Ya en la puerta, hace que lanza la mariposa hacia arriba. Volviendo:)

Diz que á una pieza entró  
y equivocando la lámpara  
con la luz de oro del sol.....

No. Tengo que convencerme de que no he nacido poeta.

ISABEL.—(Declama á su vez).

Voló tan cerca de la llama.....  
Que se quemó.

EDUARDO.—¡Qué horror! Eso hace recordar aquello de: “Viote el cazador, mirote, tirote, cazote”...

ISABEL.—¿Crees haberlo hecho mejor?

EDUARDO.—Pero por lo menos, mis versos tienen medida.....suenan bien.....

ISABEL.—Y los míos ¿suenan mal?

EDUARDO.—Como el trotar de un caballo manco

ISABEL.—Claro. A tí no más te sale todo bien.

EDUARDO.—No es eso. Es que.....

ISABEL.—Es que tú tienes la pretensión de que nadie hace las cosas mejor. (A Carmen). ¿Vamos?

EDUARDO.—(Burlonamente). ¿A pelar?

ISABEL.—(Irónica). Adivinaste. Y ustedes.....sigan conversando de lo mismo. (Isabel y Carmen se van por el foro).

VICTOR.—(Se sienta junto á la mesa y afirma en ella los codos). Estoy como si me hubieran apaleado.

EDUARDO.—Es natural: el cansancio del viaje.....Pero te aseguro que vas dormir como un canónigo.

VICTOR.—Dormir.....hace más de un mes que no dormo sino á ratos. Desde la enfermedad de Jorgecito. I después..... menos todavía.

EDUARDO.—Harás poco ejercicio. (Pausa). Mira: yo te voy á tomar por mi cuenta. Saldremos á caballo todas las mañanas: después de almuerzo echaremos una siestecita, y en la tarde.....no faltará qué hacer en la tarde.

VICTOR.—Si tuviera ánimo para todo eso.....

EDUARDO.—¡Qué! El ánimo se lo forma uno mismo. Todo es cuestión de voluntad. Lo principal es ponerse firme. Y sobre todo.....

VICTOR.—¿Vas á comenzar de nuevo?.....

EDUARDO.—Hasta que te meta mis ideas en la cabeza. Y como te decía: nada de sentimentalismo. Aprende de mí. Si mañana me llega una mala noticia, me verás tan tranquilo como ahora. Y pensar que después de esta vida no hay otra. (Pausa). Los muertos no deben preocuparnos absolutamente. Bástenos recordar lo que fueron en vida. (Oyese tras de la puerta de la izquierda el murmullo de algunas voces de mujer—cuatro ó cinco—que rezan. La

de Isabel distínguese entre todas. Victor mira con extrañeza hacia la puerta de donde viene el rumor y luego afirma la frente en una mano, inclinando la cabeza. Eduardo habla con tono despreciativo). Las mujeres.... que están poniendo en evidencia su inferioridad mental, su incapacidad para el examen.

VICTOR.—¿Rezan?

EDUARDO.— (Irónico). Hablan con Dios.

VICTOR.—Ellas creen.....

EDUARDO.—Ellas se dejan engañar como los niños.

VICTOR.—(Lentamente). Felices ellas.....

TELÓN.

## SEGUNDO ACTO

---

Pieza de costura en la casa de campo de Eduardo. Puertas al foro y á ambos lados. Mesa de labor, diván, sillas tapizadas de poco valor. Oleografías en las murallas. Por la puerta del foro se ven los pilares desnudos del corredor y más allá, árboles sin hojas. Día obscuro de invierno.

EDUARDO.—No. No creas que me falte el valor..... Seguiré siendo hombre.

VÍCTOR.—Recuerda tus ideas. Piensa que .....

EDUARDO.—Sí. (Recordando). Hay que mirar la muerte como una cosa natural..... La transformación de la materia... Un organismo que se disuelve para dar vida á otros organismos...

VÍCTOR.—Sí, yo puedo decírtelo ahora: hay que resignarse. Ante lo que no tiene remedio...

EDUARDO.—¡Nó! No me lo digas. ¡Déjame pensarlo yo mismo! (Siempre recordando). Cuando la protesta es inútil, cesa el deseo de protestar: nos resignamos, callamos. (Silencio).

VÍCTOR.—Y sobre todo, debes disimular. Tú no sabes disimular. Isabel está intranquila, desea saber lo que te pasa y temo.....

EDUARDO.—¡Los médicos son unos estúpidos! ¡No saben nada!

VICTOR.—Lo mismo decía yo, Eduardo...

EDUARDO.—¡Una enfermedad tan sencilla como la de mi hijito! ¡Y no han sabido curarla!

VICTOR.—Cállate..... Mira que si Isabel llega á darse cuenta.....

EDUARDO.—Sí, sí. ¡Pero hay que cargar contra alguien! Si yo creyera en Dios... ¡me desahogaría insultándolo! ¡Y ese doctor Bello es un idiota! ¡Un idiota!

VICTOR.—Sé hombre, Eduardo.....

EDUARDO.—¿Tú me lo dices? ¿Tú? ¡Déjame reír! (Ríe dolorosamente). ¿He dejado de serlo un solo instante? ¿Que no me ves tan tranquilo?

VICTOR.—Así deberías estar siempre, y que Isabel no te vea preocupado, ni de mal humor, porque entonces, ella.....

EDUARDO.—Tú no me conoces. ¡Ah! Yo no soy un sentimental, como tú... Además tengo un buen pretexto para engañar á Isabel.....

VICTOR.—¿La novela?

EDUARDO.—Eso. La novela.

(Llega Isabel por la izquierda)

ISABEL.—¿Interrumpo?

VICTOR.—Absolutamente. Hablábamos...

ISABEL.—No me lo diga, Victor. Sé de qué hablaban.

EDUARDO.—Dice que sabe. Ja, ja...

ISABEL.—¿De qué pueden hablar ustedes si no es de sus..... aventuras?

VICTOR.—(Ríe) Ha acertado, Isabel.

ISABEL.—Eduardo le contaba algo de su último viaje á Santiago, aquel viaje misterioso que nunca he sabido...

EDUARDO.—Si. Le contaba de una rubia encantadora que conquisté en la calle de los Huérfanos...

ISABEL.—Ríete no más. El hecho es que desde esa ida á Santiago...

VICTOR.—Usted sabe, Isabel, que yo no miento. ¿Quiere que le diga de qué hablábamos?

ISABEL.—No me diga..... no quiero saber.

VICTOR.—Hablábamos de la novela de éste.

ISABEL.—La novela... Sí. Ya tendré que saberlo todo. Por ahora no creo eso que me cuentan...

EDUARDO.—¿Y por qué habría de engañarte? ¿Lo he hecho alguna vez?

ISABEL.—(Va á la mesa, se sienta junto á ella, coge la labor y se pone á tejer) No sé. No quiero saber.

VICTOR.—Y los niños.....

ISABEL.—Por la viña creo que andan.

VICTOR.—Bueno está el día para cazar.

EDUARDO.—Pero como que quiere llover.

ISABEL.—Al venir de la cocina vi que caían goterones.  
(Silencio).

EDUARDO.—Voy á escribir un poco. Quizás me cunda.

(Llega Carmen por la izquierda)

CARMEN.—Les contaré que empieza á llover. (Se sienta junto á la mesa y coge la costura).

EDUARDO.—Ya era tiempo. (Entra por la derecha).

VICTOR.—Oye, el libro ese que me ofreciste ayer... (Entra en seguimiento de Eduardo).

(Un silencio)

ISABEL.—Me parece que fuera otro.....

CARMEN.—¡Caramba! Creo que he cortado mal esta manga..... (Extiende la costura sobre la mesa y la considera). ¿A ver? Mírala tú.

ISABEL.—(Se acerca á mirar). ¿I por qué está mal?

CARMEN.—Porque.....No. De veras: está bien. Creí que había cortado las dos para el mismo lado.

ISABEL.—I si las hubieras cortado mal no habría sido raro. Con esa costumbre que tienes de llegar y cortar.....(Se sienta).

CARMEN.—Qué quieres: no he podido acostumbrarme á usar moldes para todo.

ISABEL.—Claro. Se conoce que eres hermana de Eduardo en la pretensión de querer hacerlo todo como Dios les da á entender.....

CARMEN.—No es pretensión, Isabel. Si se puede hacer algo al ojo.....¿Por qué no hacerlo?

ISABEL.—La cuestión es hacerlo bien.

CARMEN.—I si se puede hacer así.....

ISABEL.—No discutamos, ¿quieres?

CARMEN.—Eres tú la que ha comenzado.

ISABEL.—Tienes razón. Siempre soy yo.

CARMEN.—(Sentándose). ¡Ay señor! (Suspira. Silencio).

ISABEL.—¡Qué día tan oscuro! Me cuesta ver.

CARMEN.—Y llueve. (Mira hacia afuera).

ISABEL.—Me dan unas ganas de irme á Santiago.....

CARMEN.—¿A qué?

ISABEL.—¿Crees que estoy muy bien aquí?

CARMEN.—Y crees que en Santiago.....

ISABEL.—Por lo menos allá una se da cuenta de que está viva: sale, ve gente, habla.

CARMEN.—Como aqui no ves gente.....

ISABEL.—Por favor, Carmela. Siempre tomas así las cosas.

CARMEN.—Las tomo como me las dicen.

ISABEL.—¿Vas á imaginarte ahora que lo digo por ustedes?

CARMEN.—No. Pero como dices que quieres ver gente....

ISABEL.—(Con ímpetu). Sí: gente extraña, gente nueva,

gente que me distraiga, y que distraiga á Eduardo, sobre todo.

CARMEN.—¡Ah! Eso es otra cosa.

ISABEL.—¿Te parece que es vida esta? ¿Que esto puede seguir como está?

CARMEN.—No te entiendo.

ISABEL.—O Eduardo se vuelve loco.....ó me vuelvo loca yo. Pararemos en eso.

CARMEN.—Pero al fin, qué es lo que hay.

ISABEL.—No sé. Te digo que no sé. Y eso es lo me confunde. Veo que Eduardo no es el mismo de antes y no sé mas. (Se aflige. Ambas se inclinan en silencio sobre la labor).

(Llega Eduardo por la puerta del foro. Se deja caer sobre el divan).

ISABEL.—Te hacía de cabeza en tu escritorio. ¿No nos dijiste que ibas á escribir?

EDUARDO.—Sí, mi novela.

CARMEN.—¿Aquella de que me hablaste en vez pasada?

EDUARDO.—No. Otra.

CARMEN.—Debe de ser difícil escribir una novela.

EDUARDO.—No mucho: es cuestión de paciencia mas bien.

CARMEN.—Y de talento, claro. Mira que para inventar tanto y decir tantas cosas bonitas.....

EDUARDO.—¿Mentir? Eso se hacía antes.

ISABEL.—¿Y ahora?

EDUARDO.—Ahora se observa la vida, se estudia la realidad, se relata lo que se ve.

CARMEN.—¿De modo que lo que se dice en las novelas son cosas ciertas, que han pasado?

ISABEL.—¿Ha sucedido entonces todo eso que cuentan las novelas?

EDUARDO.—Algunas cuentan hechos reales. “La Casa

vieja” de Lucho Riego, por ejemplo, es una historia vivida. Y lo mismo “Ansiedad” de Fernando San Román.

CARMEN.—¿Eso ha pasado, entonces?

ISABEL.—I tú lo crees.....

EDUARDO.—Si lo digo...será porque lo sé. ¿No te parece?

ISABEL.—Es que dices tantas cosas.....

EDUARDO.—Ahora encuentras que digo mucho. Anoche me decías que todo me lo callaba.

ISABEL.—Pero hombre: ya no se puede hablar contigo. Todo te cae mal, todo te disgusta.

EDUARDO.—Dices las cosas de un modo.....

ISABEL.—El modo que he tenido siempre. ¿Qué te extraña ahora?

EDUARDO.—No sé: pero me hace el efecto de que no fueras la misma.

ISABEL.—Eres tú el raro. ¿Será que tu carácter ha cambiado desde que te dió por ser literato?

EDUARDO.—¿No ves? Parece que quisieras reírte de mí.

CARMEN.—Pero Eduardo, no vale la pena.....

ISABEL.—No veo por qué habría de reírme de tí. Ni si quiera das motivo para eso. Todo lo contrario: tu mal humor constante me da que pensar, me confunde, no sé á qué atribuirlo. Yo no te hecho nada y si te pregunto lo que tienes.....

EDUARDO.—¿A qué tanto preguntar?

ISABEL.—Es porque comprendo que tú me ocultas algo, que algo te pasa y no quieres decírmelo.

EDUARDO.—(Hace un gesto como si la voz de Isabel le irritara los nervios). No hables tan fuerte, por favor. Mira que me duelen los oídos.

ISABEL.—Si. Ya comprendo que hasta mi voz te incomoda.

CARMEN.—Isabel.....

EDUARDO.—Es que hablas demasiado fuerte y los ruidos me hacen daño. Debo de estar enfermo.

ISABEL.—Y si estás enfermo ¿por qué no dices lo que sientes? Piensa un momento en la situación en que me pones al callármelo todo.

EDUARDO.—Eres tú la que me harás creer que estoy enfermo. Yo no siento nada de extraordinario. Tal vez este día de invierno.....O el trabajo de noche.....

CARMEN.—Debe preocuparte eso que estás escribiendo.

EDUARDO.—Eso es lo que digo.....Quién sabe.....

ISABEL.—Sí, y mientras tanto, ya no es tu ánimo sólo el que cambia, sino todo tu modo de ser. Y pierdes el apetito, y enflaqueces, y ya no se te puede hablar porque todo es motivo de disgusto.

EDUARDO.—(Ríe de malas ganas). Acabarás por convenirme de que tengo el diablo metido adentro.

ISABEL.—No sé si será el diablo, pero algo tienes. Tú no eras así.

EDUARDO.—Sólo falta que mandes llamar al cura para que me... exorcice. (Váse por la derecha).

(Llega Ernesto por el foro. Viene cubierto de barro, con la gorra echada atrás. Luce un desgarrón en el bolsillo de la blusa. La escopeta al hombro y el vacío morral terciado).

ERNESTO.—Vengo embarrado hasta la nariz.

CARMEN.—¡Jesús! Cómo se ha puesto.

ISABEL.—¿No les dije que estaban regando la viña?

ERNESTO.—Pero á quién se le ocurre regar cuando ya cae el agua de allá arriba.....

CARMEN.—¿Y mucho cazó?

ERNESTO.—¡Qué había de cazar! No baja un pájaro. Pasan algunos pero muy alto, y así, al vuelo, no hay seguridad ninguna de apuntarles.

CARMEN.—(Irónica). La cuestión es sorprenderlos dormidos. Entonces, con un cabo de vela se les encandila...y caen. Pero es necesario que esto se haga de noche.....

ERNESTO.—No tanto, pues. Pero por lo menos que estén parados en alguna rama, encima de una tapia, en cualquier parte.....

ISABEL.—¿De manera que no ha cazado nada?

ERNESTO.—Sí, una tórtola, tres zorzales y dos diucas.

ISABEL.—¿A ver el morral?

CARMEN.—Yo no quiero ver esos pájaros muertos... No los saque, Ernesto, por favor. (Se cubre los ojos con las manos).

ERNESTO.—Si no los traigo.

ISABEL.—Si trae el morral vacío.

CARMEN.—(Sin quitarse las manos de los ojos). No quiero verlos. No quiero.

ERNESTO.—Si quedaron allá.

ISABEL.—¿Mira, tonta, no ves que no los trae? (Carmen mira).

CARMEN.—Creí que me engañaban. (Se estremece coquetamente). ¡Ay! He llegado á sentir escalofríos.....

ISABEL.—¿Y qué hizo los pájaros? ¿Dónde los dejó?

ERNESTO.—La tórtola la cacé en los sauces que hay al fondo de la viña, junto al canal, y debe de haber caído á la corriente, porque no pude dar con ella.

ISABEL.—¿Pero está seguro?.....

ERNESTO.—Como que la estoy viendo á Ud. (Pausa). Uno de los zorzales fué á caer en la viña vecina y no me atreví á saltar la tapia para ir á buscarlo...porque oí voces.

ISABEL.—Como Juana de Arco.....

ERNESTO.—No. Sentí que andaba gente. (Pausa). El otro zorzal cayó en un montón de sarmientos y se me hizo humo. No pude encontrarlo.

CARMEN.—Qué gracioso.....

ERNESTO.—Estaba apuntándole al tercer zorzal cuando Jorge, que también lo había visto, le disparó al mismo tiempo que yo. Como él estaba en el mis-

mo camellón donde fué á caer, corrió y lo recogió. Yo, por pasar por entre los alambres, me enredé en una parra y me rajé la leva. (Muestra el desgarrón. Las damas ríen).

ISABEL.—Ha llegado Ud. como Michín.

ERNESTO.—No. Le aseguro que ésta me la tiene que pagar Jorge.

ISABEL.—Y al fin, ¿se quedó él con el zorzal?

ERNESTO.—Me lo robó miserablemente. Peleamos y me vine. Cuando me venía.....

ISABEL.—¿Siguen las aventuras?

ERNESTO.—Espérese. Cuando me venía, ví una diuca parada en un poste. Era un bonito tiro. Le hice los puntos y ¡paf! al suelo. Esa la recogí. La traía en la mano cuando en esto llegó el perro amarillo grande que no sé como se llama.....

ISABEL.—El “Jaloux”.

ERNESTO.—...Y de un tarascón me la quitó.

ISABEL.—Pero. ¿Se la quitó el perro?...ó usted se la entregó...Porque ese perro es muy manso.

ERNESTO.—El hecho es que se me vino encima.....

ISABEL.—Para hacerle fiestas.

ERNESTO.—¡Qué fiestas! Si me saltó encima y me puso las monas en el pecho....A poco más me tiende.

ISABEL.—Cariños.

ERNESTO.—Cariños....Bueno: el hecho es que se llevó la diuca.

ISABEL.—¿Y la otra? Porque eran dos. ¿No dijo que eran dos las que había cazado?

ERNESTO.—La otra.....Van á creer que es cuento. No me van á creer.

ISABEL.—Sí creemos.

CARMEN.—Cuenta no más.

ERNESTO.—La otra cayó junto á la tapia, ahí donde amontonan las limpias de la acequia. (Señala hacia

la derecha). Y cuando fuí á recogerla, salió de un hoyo una culebra y se la llevó.

ISABEL.—(Con ironía). ¡Qué horror!

CARMEN.—(Lo mismo). ¡Ave María!

ERNESTO.—Fué tan rápido aquello, que no atiné á aplastar la culebra con la culata de la escopeta.

ISABEL.—La impresión debe de haber sido grande también.

ERNESTO.—No crea que me dió susto. Más bien fué sorpresa.

CARMEN.—Una sorpresa poco agradable.

ERNESTO.—Sí. No lo niego.

ISABEL.—De modo que va á llegar á Santiago con el traje hecho tiras y con el morral vacío.....

ERNESTO.—(Maliciosamente). Me compraré en la estación media docena de tórtolas.

ISABEL.—Magnífica idea.

CARMEN.—Es usted un cazador ideal.

ISABEL.—(Pasándole la labor á Carmen). ¿Estará bien así?

CARMEN.—(Examinando el tejido). Muy bien. (Se le devuelve).

ERNESTO.—¿Ropa de guagua?

ISABEL.—Sí.

ERNESTO.—¿Y se puede saber?

ISABEL.—Pregúntele á la Carmela, ella le dirá....

CARMEN.—¿No sabe entonces que la Isabel estuvo en Río Bueno y que el padre Tadeo le hizo el milagro?

ERNESTO.—¿Sí?

ISABEL.—¡Qué mujer tan tonta, por Dios! Capaz que Ernesto crea.....

ERNESTO.—Yo.....

ISABEL.—No es cierto, Ernesto. Es Carmela la que ha hecho el encargo.

CARMEN.—¡Jesús! ¡Que embustera la mujer! Es ella, Ernesto. Es ella.

ERNESTO.—(Con cierta cortedad). Pero al fin.....Estoy por creer que son las dos. (Ríen ellas ruidosamente).

ISABEL.—¡Qué bueno!

CARMEN.—¡Qué gracioso!

ISABEL.—Eso se llama acertar.

CARMEN.—Parece increíble que haya apuntado tan bien.....

ISABEL.—¿No ves que no yerra tiro?

ERNESTO.—Eso es. Ríanse ahora de mí.

CARMEN.—Si no nos reimos de usted. (Ríen nuevamente).

(Llegan Jorge y Alfredo por el foro)

ALFREDO.—Buenas tardes, señoras.

ISABEL.—Buenas tardes.

CARMEN.—Buenas tardes.

JORGE.—(Mozo de veinticinco años. Hablador, turbulento, con intenciones de gracioso). ¡Ah! Este estaba aquí... (Por Ernesto).

ISABEL.—Nos ha acompañado un rato y hemos pasado muy entretenidas con él. ¿No es cierto, Carmela?

CARMEN.—Me ha hecho reír de buenas ganas.

JORGE. (A Ernesto). ¡Cómo se habrán reído de tí!

ERNESTO.—¿De mí?

ISABEL.—No, Ernesto. Ni siquiera hemos pensado en tal cosa. No hemos hecho sino celebrar sus cuentos y sus ocurrencias.

ERNESTO.—Claro. Como éste (Indica a Jorge) no sabe sino contar chascarros del Almanaque Bristol.....

JORGE.—Pero se han reído de tí.....

ISABEL.—¿Y han cazado?

ALFREDO.—Poco, señora. Y no por falta de deseos.

ISABEL.—Sino.....

JORGE.—De pájaros.

ERNESTO.—O de puntería.

JORGE.—El ladrón cree á todos de su condición.

ERNESTO.—El ladrón eres tú, que me robaste el zorzal.

JORGE.—Sí. Tú lo mataste con el pensamiento..... (Se quita el morral y lo deja en el suelo. En seguida se sienta con la escopeta entre las piernas).

ISABEL.—Ernesto nos ha contado eso y según me parece.....

JORGE.—Créale á Ernesto no más. Como no sabe mentir.....

ALFREDO.—Siento no haber presenciado el hecho. De oídas no se puede juzgar.

JORGE.—¿Tu quoque Brutus?..... (Pausa). ¡Qué cansado estoy! Tanto ir y venir para llevar cuatro pájaros!

ISABEL.—Y usted, ¿no se sienta, Alfredo? Estará cansado también.

ALFREDO.—(Toma una silla y desembarazándose de sus arreos, se sienta junto á Carmen). Gracias, señora.

ISABEL.—Y usted, ¿cazó mucho Alfredo?

ALFREDO.—Más que Jorge..... pero menos que Ernesto. (Ríe).

ISABEL.—Con permiso. (Se va por la derecha).

CARMEN.—¿Y Jorge?

JORGE.—Algo, algo. Dos tórtolas, un zorzal...

ERNESTO.—¡El mío!

JORGE.—El tuyo..... ¿Lo tenías marcado?

ERNESTO.—Pero si yo lo cacé.

JORGE.—No seas tonto. Te pones en ridículo..... ¡Caramba! Lo que sentí fué no poder botar un tiuque enorme, que pasó por encima de mi cabeza como un aeroplano.....

CARMEN.—¿Usted ha visto volar á Acevedo, Jorge?

JORGE.—No, Carmela.

ALFREDO.—Yo lo ví el domingo pasado. En realidad

es algo que emociona, máxime si se piensa que es el primer chileno que realiza la hazaña.

JORGE.—¿El primero?

ALFREDO.—El primer chileno que vuela en Chile.

JORGE.—Es un error. El primer chileno que voló en Chile fué don Ruperto Pozo, don Rupa, como le decían allá en Ovalle. Le he oído la historia á mi padre. El vió el aparato en que voló don Rupa.

ALFREDO.—¡Hombre! Primera vez que.....

JORGE.—Sí, pues. Lo que oye. Don Rupa se fabricó su aparato para volar y según dice mi padre, era una serie de paraguas dispuestos de manera que cuando unos se cerraban otros se abrían. La navecilla era un barril.

CARMEN.—Que divertido.....

JORGE.—No. Lo divertido fué cuando don Rupa ensayó su primera volación. Preparó con todo esmero su máquina y anunció á su señora el trayecto que pensaba recorrer. La señora, llena de orgullo por la gloria de su marido.....

ALFREDO.—Ya esto va pareciendo discurso...

JORGE.—Resolvió ir á aguardar con sus hijas y algunos amigos invitados sigilosamente, la llegada de don Rupa al término de su excursión aérea, que era una pequeña colina situada en mitad del campo.

ALFREDO.—Muy bien, señor conferencista.

JORGE.—Se prohíbe interrumpir al orador. Bueno: entretanto, se subía don Rupa con su aparato al techo de la casa...

ERNESTO.—No. Al parrón.

JORGE.—O al parrón: da lo mismo. Y se daba el gran porrazo del siglo.

ISABEL.—¡Pobre don Rupa!

JORGE.—Pero esto es poco. La señora de don Rupa

aguardaba entretanto, con los ojos clavados en el cielo, la aparición de su respetable esposo, convertido en angelito volador. Era inútil que los invitados y aun sus propias hijas comenzaran á aburrirse y á mirar por lo bajo. La buena señora, con la fe de su inmenso amor conyugal, permanecía apuntando al cielo con la nariz, como un telescopio humano.

CARMEN.—Por Dios, que me parece estar viéndola!

JORGE.—En esto aparece un tiuque volando majestuosamente en dirección á la colina... La buena señora, en su fe inquebrantable, piensa que es su marido y se alista para verlo aterrizar.

ERNESTO.—¡Qué lata!

JORGE.—No oiga entonces. Pero el tiuque siguió de largo. Entonces la señora se desespera y sin escuchar las súplicas de sus hijas ni las carcajadas de sus amigos se echa á gritar á toda boca: ¡Ruperto! ¡Que no ves que estamos aquí! Baja, Ruperto, baja! Por cierto que el tiuque no bajó.....(Todos ríen.)

CARMEN.—¡Qué gracioso!

ALFREDO.—(Con seriedad). Pero usted dijo, Jorge, que ese don Rupa había volado y parece que no fué así.

JORGE.—Sí. Voló del techo al suelo.

ERNESTO.—Del parrón, dirás.

JORGE.—Te digo que da lo mismo.

ALFREDO.—Queda entonces en pie lo que dije yo: que Acevedo es el primer chileno que vuela en Chile.

(Llega Víctor por el foro)

VICTOR.—Como dijeron que querían irse á las cuatro, hice alistar el coche.

ALFREDO.—(Consulta el reloj). Nos queda el tiempo necesario para llegar á la estación.

JORGE.—Andando, que si la lluvia se descuelga.....

VICTOR.—Está lloviendo.

JORGE.—¡Caramba! La hemos hecho de oro.....

ISABEL.—(Que llega trayendo un paletó á medio hacer). ¡Cómo, ya se van!

ALFREDO.—Sí, señora. Tenemos el tiempo necesario.

ISABEL.—Pero por qué no se van después de comida....

JORGE.—Porque todavía somos hijos de familia..... No podemos tomarnos las libertades de Eduardo, que según me han dicho se permite quedarse un día y una noche en Santiago.

VICTOR.—Si quieren alcanzar el tren.....

JORGE.—Si ya nos vamos. ¿Y Eduardo?

ISABEL.—Debe de estar escribiendo.

JORGE.—¡Hum! Para mí que á este le ha sucedido algo gordo. Desconfie, Isabel. Mire que los hombres.....

VICTOR.—No van alcanzar el tren.

JORGE.—(A Isabel). Dígale á Eduardo que no sea mal educado..... que no se esconda cuando sus amigos vienen á verlo.

ISABEL.—Bueno, así le diré.

JORGE.—Y que en castigo nos tendrá aquí el domingo.

ISABEL.—Bueno, bueno.....

ERNESTO.—Creo que Eduardo le ha quitado el cuerpo á tus latas.....

JORGE.—Cállate... Cacaseno.....

ERNESTO.—Y tú, Huaso Raimundo.....(Ríen todos).

(Alfredo, Jorge y Ernesto se despiden)

ALFREDO.—(A Carmen). Señora..... (A Isabel). Hasta luego señora. Despídame de Eduardo.

ISABEL.—Gracias.

JORGE.—Adios, adios, que nos deja el tren.

ERNESTO.—Hasta luego.

ISABEL.—Hasta el domingo. (Se van por el foro. Víctor los acompaña hasta la puerta).

(Vuelve Víctor y saca un pequeño libro del bolsillo del veston. Se sienta en el diván, sobándose las manos).

VICTOR.—Frío el aguacero.

CARMEN.—¿Tienes frío?

VICTOR.—Algo. (Pausa). Y usted, Isabel.

ISABEL.—No siento frío. (Silencio).

VICTOR.—Aquí está más abrigado.

CARMEN.—No mucho tampoco. (Silencio. Oyése el ruido del agua que cae afuera).

VICTOR.— ¡Cómo llueve! Ya se ve también: estamos en junio. (Pausa). El año pasado no llovía todavía por este tiempo.....

ISABEL.—Llovió poco el año pasado.

VICTOR.—Así es. Recuerdo que perdí mi paraguas y no necesité comprar otro. Fué un año seco.

CARMEN.—Lo que es éste...nos vamos á volver sapos, así como va.

VICTOR.—Los agricultores de rulo deben de estar felices. Juan Ramón, por ejemplo, va á hacer su agosto con estas lluvias.

CARMEN.—Y muy bien que le vendrá.

VICTOR.—Los que tienen que padecer con tanta agua son los del pobrero.

CARMEN.—¡Pobres! ¿no? Yo no sé cómo viven.

VICTOR.—Así mueren, también, en este tiempo. Sobre todo los niños. No hay más que ver las defunciones en los diarios: “Y quince niñitos menores de un año.... Y veinte niñitos menores de un año”..... Es de todos los días. (Pausa).

ISABEL.—¿Le ha mostrado Eduardo eso que está haciendo?

VICTOR.—No. Yo tampoco he querido preguntarle. Son tan raros los escritores.....

CARMEN.—(A Víctor). ¿Te acuerdas de don Francisco Cortínez? Cuando le daba el esplín.....

VICTOR.—¡Ah! ¡Fué un hombre raro desde chico!

CARMEN.—Figúrate, Isabel, que cuando le daba el esplín..... ¡que cosa tan divertida!..... se tendía en el medio de la pieza, completamente desnudo, y con un libro en la mano..... Y no había forma de hacerlo vestirse.

VICTOR.—Tenían que pasarle la comida por un torno, que especialmente había hecho colocar en la puerta.

CARMEN.—Y así pasaba dos, tres, cuatro días.....

ISABEL.—Sería loco ese caballero.

CARMEN.—Raro no más.

VICTOR.—Y cuando niño, cuentan las personas de la familia que para estudiar se metía en un barril grande, tomaba un libro en las manos y se ponía otro abierto sobre la cabeza, porque así, decía, le entraba con más facilidad lo que quería aprender.

ISABEL.—¿Y así dicen que no era loco?

CARMEN.—Pero los locos no hacen nada bien y este caballero.....

VICTOR.—Era una notabilidad como abogado. Pocos como don Francisco Cortínez para ganar pleitos difíciles.....

(Llega Eduardo por la puerta de la derecha)

CARMEN.—¡Qué!

VICTOR.—¿No ibas á escribir todo el día?

EDUARDO.—No he podido completar una línea. No sé..... Debe ser el día éste. (Transición). Pero ustedes conversaban.....

VICTOR.—Sí.

EDUARDO.—Algo... ¿reservado?

VICTOR.—No.

CARMEN.—Nos estábamos acordando de don Pancho Cortínez. Tú lo conociste.

EDUARDO.—Un gran hombre.

ISÁBEL.—Un loco.

EDUARDO.—Tanto como eso...

ISÁBEL.—Según lo que cuentan Víctor y la Carmela...

CARMEN.—Yo dije que era un poco raro...

VICTOR.—Sí, era raro el caballero.

EDUARDO.—No. Es que para ésta (Indica á Isabel) todos son locos.

ISÁBEL.—No... Si era muy cuerdo: como son todos, empezando por tí.

VICTOR.—Era un poco raro, nada más.

EDUARDO.—Para la Isabel todos son locos. No ve que esas que la gente llama rarezas no son más que manifestaciones de independencía. No me cabe duda que la palabra “loco” fué inventada por un tonto.

ISÁBEL.—Ya vas á convencerme.

EDUARDO.—Pero es claro.

ISÁBEL.—Es que yo no lo veo claro.

EDUARDO.—Porque tú no ves nada.

CARMEN.—Eduardo.....

EDUARDO.—No ve nada.

ISÁBEL.—Tú si que ves poco!

EDUARDO.—(Exaltado). ¡No ve más allá de sus narices!

ISÁBEL.—Es que no soy sabia como tú.

EDUARDO.—¡Eres una ignorante!

ISÁBEL.—(Ofendida). Bueno. No hablo más.

EDUARDO.—Sí. Porque para decir tonterías..... (Se va por el foro).

(Un instante de silencio. Las mujeres cosen. Victor abre el libro y lee).

CARMEN.—(A Isabel). ¿La espalda lleva costura al medio? (Isabel no contesta). Mira Isabel: ¿lleva costura al medio la espalda?

ISABEL.—(Distraidamente). No.....

CARMEN.—¿Cómo va á armar la chaqueta, entonces?

ISABEL.—Ah, sí. Si lleva costura.

CARMEN.—Así me parecía á mí. Si no, quedaría como un saco. (Nuevo silencio. A Isabel). ¿Donde dejaste el figurín? Quiero verlo antes de hacer una barbaridad.

ISABEL.—Me parece que quedó en el salón, ahí entre las revistas. (Hace que recuerda). Sí. Ahí en el montón quedó.

CARMEN.—¡Buh! En ese maremagnum..... (Se levanta).

ISABEL.—Si vas para adentro, hazme el favor de decirle á la Margarita que eche á prender carbón.

CARMEN.—Bueno. ¿Como cuanto?

ISABEL.—Ella sabe. (Entra Carmen por el foro hacia la izquierda).

(Deja Isabel la costura, se asoma á la puerta del foro, luego á cada una de las laterales y se dirige á donde Víctor, en el preciso instante en que éste se levanta para irse).

ISABEL.—Espérese, Víctor. No se vaya.

VICTOR.—(Algo turbado). Iba á.....

ISABEL.—Espérese. Tengo que hablarle.

VICTOR.—Sí. Es que.....

ISABEL.—Por favor..... Tengo algo que decirle.

VICTOR.—(Se sienta en el diván sin dejar de mirar á Isabel).  
¿A mí?

ISABEL.—A usted. Sí, á usted; porque usted, Víctor, es el único... el único que puede hacer algo en esto.

Usted ha visto cómo me trata. Todo lo que digo le molesta. ¿Por qué? ¿Por qué se ha puesto así?

VICTOR.—No le haga caso, Isabel. Todo eso pasará.

ISABEL.—Sí. Usted siempre me ha dicho lo mismo: pasará. Pero no pasa, no pasa, y cada día es peor. Yo me confundo pensando qué puede ser y pienso mil cosas y no atino cuál será la verdadera. ¡Es horrible todo esto! (Se aflige).

VICTOR —Isabel.....

ISABEL.—¡Qué martirio, Dios mío!

VICTOR.—Pero Isabel.....

ISABEL.—(Dominándose). No. Si ya estoy tranquila. ¿No ve? Pero dígame, Víctor... Dígamelo todo..... Dígame, pues.

VICTOR.—(Confuso). Si no es nada... ¿Cree usted que si hubiera algo la iba yo á engañar?

ISABEL.—No, Víctor. Usted no puede mentir..... En la cara le conozco que..... Dígame.

VICTOR.—Esa novela que se le ha puesto escribir...

ISABEL.—No. No me engañe. No es eso. Yo sé que no es eso. Yo quiero saber la verdad.

VICTOR.—Pero la verdad.....

ISABEL.—(Con firmeza). No es esa la verdad, yo sé que no es esa. Otras veces le ha dado por escribir y nunca se ha puesto así. Parece que yo le fastidió. Que me ha tomado odio. Tal vez ya no me quiere.....

VÍCTOR.—Isabel.....

ISABEL.—... o quiere á otra. ¡Pero no puede ser! ¿A quién?

VICTOR.—No, Isabel.

ISABEL.—¿Por qué no me lo dice usted entonces? Usted sabe, yo sé que usted sabe..... ¡Hágalo por Dios, Víctor! Dígame la verdad, para mí sola. Porque si no me la dice... No sé que va á pasar. No

podemos seguir así. No es posible. Me iré á casa de mi mamá, me volveré loca..... No sé, no sé. ¡No por Dios! (Llora).

VICTOR.—Isabel.....(Levantándose). Isabel... Pero Isabel....

ISABEL.—(Poniéndole una mano en el hombro) ¡Hágalo por Jorgecito que está en el cielo! ¡Dígame la verdad!

VICTOR.—Pero me promete...

ISABEL.—¡Todo lo que usted quiera! (Serenándose algo). Yo sé que usted es bueno y ha de sacarme de este infierno..... póngase en mi caso... hágase cargo...

VICTOR.—Bueno, Isabel. La cuestión es .....

ISABEL.—Sí, sí. Usted no me conoce bien. (Sonríe). Soy más mujer de lo que usted piensa. Pero dígame luego, antes que vengan.

VICTOR.—(Decidiéndose). Eduardo tenía un hijo y se le murió,

ISABEL.—(Casi afónica). ¡Un hijo!

VICTOR.—¡Chit! (Isabel va hacia la silla en que estaba y se sienta, inclinándose sobre la labor. Víctor se sienta de nuevo en el diván y abre su libro. Los dos guardan silencio).

(Llega Carmen por la puerta de la izquierda)

CARMEN.—No te imaginas cuanto me costó dar con él. (Muestra el figurín). Tuve que registrar el montón íntegro. Como siempre que se busca algo, estaba al último..... Siempre debería una comenzar por lo último..... (Silencio. Isabel sigue haciendo que cose, mientras Víctor sigue haciendo que lee). ¿No ves como tenía costura en la espalda? Casi hago una barbaridad. ¿Ves? (Isabel hace que considera una dificultad muy grande en su labor). Oye: á tí te digo.

ISABEL.—Ah! sí. (Carmen la observa. Luego retira lenta-

mente el cuaderno, lo deja sobre la mesa y se queda contemplándolo. Isabel se pasa rápidamente la mano por los ojos. Después habla). ¿Sigue lloviendo?

CARMEN.—Como si recién principiase.

VICTOR.—Este aguacero lleva trazas de durar mucho.

CARMEN.—Y lo peor es que el agua se está entrando á la casa.

VICTOR.—Cómo así...

CARMEN.—Parece que caen goterones...

VICTOR.—¿Dónde?

CARMEN.—En el salón.

ISABEL.—¿Sí?

VICTOR.—Voy á ver. (Vase por la izquierda).

ISABEL.—¿No coses más?

CARMEN.—Pocas ganas tengo. Si no fuera que no hay qué hacer.....

ISABEL.—¿No divisaste á Eduardo por ahí?

CARMEN.—No lo ví, pero la Margarita me dijo que había pasado para el parque.

ISABEL.—¡Con esta lluvia!

CARMEN.—Iba con la capa. (Pausa). Seguiré cosiendo. Ya que no se puede hacer otra cosa.....  
(Se sienta).

(Llega Margarita por el foro. Se ha arremangado la falda hasta cerca de la rodilla. Deja los zuecos al lado afuera)

MARGARITA.—¿El carbón es p'acá?

ISABEL.—Sí. Lo pones en el brasero chico y lo traes. Pero que esté bien prendido.

MARGARITA.—Bien prendio'stá, sin ni una negrurita.

ISABEL.—Entonces lo traes. Y le pones la herradura para que no dé mal olor.

MARGARITA.—Güeno, señorita. (Hace que se va.) Pal parque iba el patrón con su capa. Yo le ije á qué

iba y él me ijo: á refrescarme voy. ¿Que andará con el fiebre?

ISABEL.—Anda, trae luego el brasero. (Se vá Margarita por el foro. Al salir vuelve á colocarse los zuecos).

CARMEN.—Se me ha tupido la cabeza. No puedo atinar con esto. (Pausa). Mejor será que vaya á rezar un rato. ¿Quieres que vamos?

ISABEL.—Más tarde. Voy á concluir esto.

CARMEN.—(Levantándose). ¿Te esperaré?

ISABEL.—No. Anda no más. Yo rezaré más tarde con las sirvientas.

CARMEN.—Es que entonces podemos rezar todas juntas.

ISABEL.—Como tú quieras.

CARMEN.—Entonces voy y vuelvo. (Vase por la derecha)

(Isabel se queda mirando hacia afuera. De cuando en cuando se pasa los dedos por las mejillas, como para apresurar la caída de las lágrimas, demasiado lentas).

(Vuelve Margarita, esta vez cantando):

Yo canto el cantar eterno  
del amor correspondío.....  
Y ámame mucho  
que así amo yo.....

(Al llegar á la puerta del foro, calla. Quítase los zuecos y avanza con el brasero todo rojo).

MARGARITA.—¿Solita la han dejao? Y esto, onde lo pongo.....

ISABEL.—Déjalo ahí. (Indica un sitio cercano al diván).

MARGARITA.—Así, alejao, pa que no li haga mal. (Incorporándose y mirando á Isabel). ¿Ta con pena señorita? Güeno el invierno, y estos aguaceros que no son más que pa atinjar el alma! Por eso me gusta á mí el verano... ¡Qué tiene que ver! El verano es

como el pan: güeno pa too el mundo. Mientras que este invierno... ¡es un fregao! (Váse por el foro. Al alejarse canta):

No creas que porque canto  
tengo el corazón alegre...  
Y ámame mucho  
que así amo yo.....

(Isabel vuelve á su actitud de ensueño. Así pasa un rato. Hasta que aparece Eduardo en la puerta del foro, calada la capucha de su impermeable, como un monje. Al avanzar, se baja la capucha. Isabel, al verlo, inclínase sobre la labor).

EDUARDO.—Buena idea la de poner un poco de fuego. (Acerca el brasero al diván y se sienta. Palpándose la capa). ¡Caramba! Esto destila. (Se quita la capa), Y Víctor?

ISABEL.—Fué á ver el salón, que se llueve.

EDUARDO.—¿Se llueve el salón? (Pausa). Eso faltaba. (Pausa). ¿Y Carmela?

ISABEL.—Fué á su pieza.

EDUARDO.—¿A rezar?

ISABEL.—¿Quién sabe...

EDUARDO.—Como no saben más que rezar... (Pausa). Deben tener aburrido á Dios con tanta lesera. Porque eso que hacen las mujeres no es más que repetir sin son ni ton oraciones aprendidas de memoria. (Pausa). Son como el papagayo. Hablan, hablan y no saben lo que dicen.

ISABEL.—Te parece á tí.....

EDUARDO.—¿Vas á decirme que no es así? (Isabel guarda silencio). Yo en lugar de Dios, las dejaba mudas á todas. Entonces rezarían bien. (Pausa). ¿Y cómo que tú no has ido con la Carmela?

ISABEL.—Quiero concluir esto.

EDUARDO.— (Irónico). ¿Para el cura?

ISABEL.—No, para mí.

EDUARDO.—¿Elegancias?

ISABEL.—Es un abrigo.

EDUARDO.—Ah!

ISABEL.—Sí.

EDUARDO.—¿Para el viaje á Santiago?

ISABEL.—No. Para acá.

EDUARDO.—Cómo... ¿No deseas pasar el invierno en Santiago?

ISABEL.—Ya no..... He pensado que allá llueve lo mismo que aquí.

EDUARDO.—(Sarcástico). ¿De veras?

ISABEL.—Sí. Sería lo mismo.

EDUARDO.—Te felicito por el descubrimiento. Veo que progresas.

ISABEL.—¿Por qué?.....

EDUARDO.—Claro. Mira que venir á descubrir ahora que en Santiago llueve lo mismo que aquí... ja, ja. ¡Es divertido! (Silencio). ¿Te enojas?

ISABEL.—No..... ¿Por qué había de enojarme?

EDUARDO.—Como te ha entrado por ahí ahora. (Pausa). Tú tenías buen genio antes.

ISABEL.—Y ahora también. Eres tú.....

EDUARDO.—Sí, ya sé. Soy yo quien te pone de mal genio ¿no es cierto?

ISABEL.—No, Eduardo.

EDUARDO.—Es inútil lo que me digas: á cada momento lo veo. Yo te fastidio: todo lo mío te cae mal, te pone de mal humor. Lo que yo hablo es disparate; lo que yo pienso, locura.

ISABEL.—¿Por qué dices eso?

EDUARDO.—¿Por qué lo digo?..... ¿Y tú me lo preguntas?.....

ISABEL.. —Sí.

EDUARDO.—Porque lo observo, porque lo veo á cada instante. Porque todavía no abro la boca para decir algo, tú tratas de cerrármela con una contradicción.

ISABEL.—(Deja la labor). Te engañas, Eduardo: créeme.

EDUARDO.—¿Que me engaño?..... No, no soy tan idiota. Antes tú eras conmigo cariñosa: mis dichos te hacían reír, mis rarezas las celebrabas, te divertían mis extravagancias. Ahora, todo eso es para tí locura ó tontería.

ISABEL.—(Suplicante). Eduardo.....

EDUARDO.—No lo niegues. Desde que..... Desde hace un mes todo ha cambiado en tí, hasta la cara. Me miras de otra manera, te portas conmigo de otro modo. No sé. (Pausa). ¡Parece que ya no me quisieras! (Isabel da vuelta la cara á fin de que él no vea sus lágrimas). No se comprende de otro modo.

ISABEL.—(Sin volver la cara). Tú bien sabes que eso que piensas no es cierto.

EDUARDO.—Lo que sé es que acabaré por volverme loco de veras si esto sigue.

ISABEL.—(Con ímpetu). ¿Y por qué hemos de seguir así?

EDUARDO.—¿Por qué?..... ¡No sé por qué!

ISABEL.—Si sabes..... Si sabes.....

EDUARDO.—(Acercándose á ella y buscándole la cara). Lloras..... ¿Por qué lloras.....

ISABEL.—No sé. Me da tanta pena.....

EDUARDO.—¿Qué?..... ¡Habla!

ISABEL.—No sé. (Dominándose). Lo que me has dicho....

EDUARDO.—¡Isabel! Ahora me has mirado como antes.

ISABEL.—Como siempre.....

EDUARDO.—No. Ahora me extraña tu cara.

ISABEL.—¿Que tiene mi cara? (Lo mira, esforzándose por sonreír).

EDUARDO.—Veo en ella la bondad de antes..... el cariño.....

ISABEL.—¿No ves? (Sigue sonriendo. Isabel se levanta y se acerca á Eduardo). ¿Te convences? (Le pone la mano en el hombro).

EDUARDO.—(Sin mirarla). ¿Me tienes lástima?.....

ISABEL.—(Con inmensa ternura). Mucha..... ¡mucho!

EDUARDO.—(La mira al oír esto). ¡Isabel! (Se levanta y la coge una mano). ¡Mírame!

ISABEL.—(Le pasa el brazo por el cuello), Mi pobre Eduardo..... (Silencio).

EDUARDO.—(Con dolor infinito). ¡Para qué te lo han dicho!.....

ISABEL.—(Acariciándolo). No sé. No sé. Lo terrible es saberlo ahora..... que no puede hacerse nada. Si me lo hubieras dicho, yo.....

EDUARDO.—¡Isabel!

ISABEL.—Habría sido mi hijo..... Lo hubiéramos cuidado..... (Eduardo estalla en sollozos).

EDUARDO.—No me digas eso ahora..... No me lo digas....

ISABEL.—(Apretándolo contra su seno). ¡Pobre mi Eduardo! ¡Pobre mi hijo!

(Aparece en la puerta de la derecha Victor seguido de Carmen)

CARMEN.—Míralos, parecen dos..... (Victor se vuelve á ella y le pone la mano en la boca).

TELON RAPIDO

FIN DE LA COMEDIA.

Santiago, mayo-junio de 1912.

## CANCION DE MARGARITA

Handwritten musical score for the song "Cancion de Margarita". The score is written on two staves in a single system. The first staff begins with a treble clef and a 6/8 time signature. The melody consists of eighth and sixteenth notes. The lyrics are written below the notes. The second staff continues the melody and lyrics. The lyrics are: "Yo can-to el can-tar e-ter-ne del a-mor co-res-pon-di-do i áms-me mu-cho que a sí-ame yo". There are some handwritten annotations above the notes, including a dash over the 'e' in "e-ter-ne" and a greater-than sign over the 'a' in "a-mor".

Yo can-to el can-tar e-ter-ne del a-mor  
co-res-pon-di-do i áms-me mu-cho que a sí-ame yo

# Fluvia de Primavera

A Ana Adamuz,  
bella mujer y bella  
artista.

Su mejor amigo.

M. M. M.

**Personajes: MARÍA, treinta años. Mujer de JUAN RA-  
MÓN, cuarenta años.**

El escenario es un dormitorio confortable. Una cama de casados á la derecha del espectador. A la cabecera del muro, una imagen de Purísima, de gran tamaño. A la izquierda, un diván. Ante el diván, una mesa de lectura. Puerta al fondo: ventanas á la izquierda, á un lado y á otro del diván. Muebles y adornos como mejor convenga á la representación.

MARÍA.—(Mujer hermosa, apasionada, aún cuando sus gestos y ademanes revelan el equilibrio de sus nervios. Se arregla el tocado ante el espejo del ropero: luego va á la ventana, mira abajo, saca de entre el cuello un billetito, lo desdobra, lee con atención, vuelve á ponérselo en el cuello, y continúa su toilette. Mientras concluye de peinarse y echando una mirada al reloj despertador que estará sobre un velador junto á la cama.—Las cuatro y cuarto ya..... (Vuelve á sacar el billete. Leyendo). “A las cinco donde tú sabes..... Sí llueve, no vayas. (Recalcando las palabras). Será inútil. No quiero que te enfermes como el otro día y te repito que no iré si llueve”..... (Guarda el billetito en el cuello. Va á colocarse el sombrero, más lo deja y vuelve á la ventana, observando como anteriormente el suelo y el cielo. Diríjese al espejo y comienza á colocarse el sombrero).

¡Falta que llueva ahora! (Se oye una tos de hombre en el interior. Quitándose el sombrero y yendo á pararse ante la ventana. A media voz). Juan Ramón.....

Entra Juan Ramón. Hombre obeso, de actitudes lentas y algo torpes. Se quita el sombrero y saca un diario del bolsillo del gabán.

JUAN RAMÓN.—(Resoplando). ¡Qué tarde tan rara! (Ex-  
tiende el diario sobre la mesa y apoya sus manos sobre  
ella, inclinándose para leer. De pronto se vuelve hacia  
MARÍA como para decirle algo y al reparar en su toca-  
do): ¿Vas á salir?

MARÍA.—(Dubitativamente). Sí... pensaba... pero... Pa-  
rece que quiere llover.

(El sol que ha brillado hasta ese momento con luz débil, se  
apaga poco á poco).

JUAN RAMÓN.—(Inclinándose otra vez sobre el diario). Sí...  
parece. En la calle, mientras venía, cayeron algu-  
nas gotas..... ¡Hombre! ¡El carbón ha subido cin-  
cuenta centavos más! Ya lo tenemos á catorce  
pesos. La cuestión es que siga lloviendo para que  
el alza continúe.

MARÍA.—(Que ha estado observando por la ventana, sin  
atender á lo que dice su marido. Mirando abajo, con la  
cara apegada á los vidrios). Empieza á llover... Caen  
unas gotas de este tamaño..... Tan grandes, que  
al caer siembran el asfalto de estrellas negras.....

JUAN RAMÓN.—(Dejando de leer). ¿Dices que llueve? ¡Tan-  
to mejor! Es lo que se necesita.....

MARÍA.—(Contrariada). Yo no necesito que llueva. To-

do lo contrario. Lo que necesito es sol, para poder salir, para.....

JUAN RAMÓN. — (Mirando á su mujer con severidad). Te digo que es necesario que llueva, para que suba el carbón. Un peso más en el alza y hago un negocio espléndido.

MARÍA. — (Se sienta en una silla frente á la ventana. Ligeramente despreciativa). No piensas sino en el negocio.....

JUAN RAMÓN. — ¿Y tú en qué piensas?..... En gastar y pasear.....

MARÍA. — ¿Yo?..... Has de creer que sólo tú piensas en cosas serias..... Sabe que yo también.....

JUAN RAMÓN. — ¿Tú?.....

MARÍA. — ...Pienso en el negocio.

JUAN RAMÓN. — (Esforzándose para reír). ¡Eres graciosa! Piensas en el negocio y si te digo que necesito que llueva para hacer una buena ganancia, te empeñas en que haya sol.....

MARÍA. — ¡Claro! (Con entereza). Porque yo no tengo carbón que vender; porque mi negocio no se hace con lluvia ni con barro, sino con sol y limpieza.

JUAN RAMÓN. — (Irónico). Tendrás algún contrato de aseo con la Municipalidad.....

MARÍA. — (Con irritación mal contenida). ¡Contrato! Eso queda para tí, que sólo pasas pendiente de lo que te cae en el bolsillo, al extremo de que tu vida podría escribirse en números, sobre un saco de carbón ó un fardo de pasto aprensado.

JUAN RAMÓN. — (Molesto). María.....

MARÍA. — Tú tienes la culpa. ¿A qué venirme á decir que es necesario que llueva cuando lo que yo necesito es sol: sol para mi alegría, sol para mi vida, para esta vida que llevo.....

JUAN RAMÓN. — ¡Qué! ¿Vas á quejarte ahora?

MARÍA.—(Afligiéndose): Sí, me quejo: porque no me das gusto en nada; porque si me llevas al teatro es para decirme después que no comprendes cómo me gustan las tonterías que allí se dicen; porque si me llevas á la Alameda es para regresar á casa con mal gesto, ridiculizando ese paseo, que es precioso, diciendo que parece una procesión cívica; porque si vas conmigo á un baile, es para criticar á medio mundo y reírte de los hombres bien educados y de las señoras amables; porque.....

JUAN RAMÓN.—(Sonriendo socarronamente). Vamos, te estás poniendo nerviosa y eso es raro en tí. ¿Acaso tienes alguna compra gorda por hacer?

MARÍA.—¿Pensas que esto te lo digo con segunda intención? (Con altivez). No soy como otras. Sabes que no me gustan esos recursos.....

(El escenario vuelve á iluminarse de un modo gradual. El sol reaparece).

JUAN RAMÓN.—Sí: bien lo sé, pero..... ¿De modo que porque mis gustos no son los tuyos?.....

MARÍA.—(Mirando hacia afuera, como distraída). Tú no te haces cargo..... Me gusta el paseo, la música, el teatro..... la conversación..... la poesía..... (Levantándose y poniéndose á la ventana)... el sol... (Pausa). Ya aparece otra vez.....

JUAN RAMÓN.—(Digustado). ¡Dale con el sol! (Se inclina de nuevo sobre el diario).

MARÍA.—(Mirando fijamente hacia arriba). ¡Con qué ligereza corren las nubes! Parece que huyeran asustadas..... Como las palomas cuando las persigue el gavián.....

JUAN RAMÓN.—(Tirando el diario y yendo también á la

ventana. Con seriedad). O como las gallinas cuando las persigue la cocinera.

MARÍA.—(Riendo) ¡Qué comparación tan tuya!

JUAN RAMÓN.—(Mirando á lo alto con el ceño fruncido).

Por suerte es viento del norte.

MARÍA.—¿Qué quieres decir?

JUAN RAMÓN.—Que seguirá lloviendo.

MARÍA.—¿No ves que se despeja?

JUAN RAMÓN.—Aguarda..... Espera que avancen esos nubarrones. No pasarán diez minutos sin que el agua vuelva á caer,

MARÍA.—(Irónica). Sabes mucho.....

JUAN RAMÓN.—Ya verás..... (Pausa. Ambos se quedan mirando el cielo).

MARÍA.—Adriazola murió hace tiempo. ¿Habrá dejado un sucesor en tí?

JUAN RAMÓN.—(Señalando con el dedo). Mira como vienen esas nubes á tapar tu sol.....

MARÍA.—(Observa algo intranquila). Vienen tan ligero que pasarán de largo.....

(La iluminación decrece rápidamente. El sol se oculta).

JUAN RAMÓN.—(Con expresión de triunfo). ¿Ves? (Mirando abajo). Y ya vuelve á llover. Fíjate como empieza de nuevo.....

MARÍA.—(Malhumorada). No veo nada.

JUAN RAMÓN.—(Alegremente). Mira en las charcas las redondelitas que forma la lluvia.

MARÍA.—(Se vuelve y mira con intención el reloj despertador. Disimulando su inquietud) Es la despedida.

JUAN RAMÓN.—(Retirándose de la ventana y paseándose á lo largo de la pieza. Se frota las manos con satisfacción). Que se afirme el aguacero y me gano cuatro mil pesos por lo menos.....

MARÍA.—(Sin despegar el rostro de la ventana). ¿Vuelves con tu historia?

JUAN RAMÓN.—(Se detiene frente á María, radiante). Cuatro mil pesos..... Te compraré un rico quitasol... ¿Quieres?...¿No quieres?

(La luz se reaviva lentamente).

MARÍA.—(Hablando consigo misma). Córrelas vientecito. Así, así. ¡Llévatelas!

JUAN RAMÓN.—(Hace un gesto y prosigue su paseo). ¡Qué empecinamiento en querer que no llueva más! (Deteniéndose de nuevo frente á María). ¿Entonces no quieres que te compre un quitasol?

(Brilla el sol con fuerza).

MARÍA.—(Volviéndose rápidamente hacia Juan Ramón con la cara llena de alegría). ¡Que más quitasol que tú! Pero mira..... (Se aproxima á él). No te enojés.

JUAN RAMÓN.—(Sin mirarla). No me enojo, pero...

MARÍA.—(Con mimo). Pero te ha dado rabia...

JUAN RAMÓN.—(El mismo juego). Me molesta tu afán de que.....

MARÍA.—(Poniéndole ambas manos sobre los hombros y tratando de que la mire de frente). Ahora que estoy contenta...

JUAN RAMÓN.—(Volviendo la cara con enojo). Ahora yo no lo estoy. (Desasiéndose y continuando su paseo) ¡No tendrás quitasol!

MARÍA.—(Mirando el reloj). Pero tendré sol.....

JUAN RAMÓN.—(Con creciente mal humor). Y talvez esta sea la última lluvia del año.

MARÍA.—(Yendo al espejo y pasándose la mano por el peinado). Ojalá sea la última.

JUAN RAMÓN.—Bajará el carbón...

MARÍA.—Se levantará el espíritu.....

JUAN RAMÓN.—¡Qué! ¿Te burlas?

MARÍA.—(Volviéndose á Juan Ramón). Perdóname.....  
¡Tenía tantos deseos de salir!

JUAN RAMÓN.—¿Y no podías salir lloviendo? ¿Era necesario...

MARÍA.—(Intranquila de pronto). Dime... (Confusa, con el sombrero en la mano). ¿Puede decirse que ha llovido esta tarde?...

JUAN RAMÓN.—(Indicando la ventana con los ojos). Pero, ¿que no ves cómo ha quedado la calle?

MARÍA.—(Se acerca á la ventana, sin soltar el sombrero, y mira abajo). Está todo empapado... (Vuelve á donde su marido, inquieta). ¿Entonces... se puede decir que ha llovido?...

JUAN RAMÓN.—(Mirándola con asombro). Acabas de ver que todo está empapado... ¿No viste que llovía?... O crees que los angelitos...

MARÍA.—(Sonríe forzadamente). No. Es que... no sé como explicarte. (Pausa). Mira, voy á ponerte un ejemplo.

JUAN RAMÓN.—(Interesado). Veamos.

MARÍA.—Supón que... (Pausa). ¡Ah! Sí. Supón que... un amigo tuyo... No. Un amigo nó. Un negociante te dice: mañana lo espero en tal parte y á tal hora para tratar de tal asunto, con la advertencia de que si llueve será inútil que usted vaya, porque yo no iré. Te cita por ejemplo, para las dos de la tarde y á la una y media está lloviendo... ¿Qué haces tú?

JUAN RAMÓN.—¿Yo?... Yo voy llueva ó no llueva, porque cuando se trata de negocios.....

MARÍA.—(Impaciente). Es que él te ha dicho: no vaya si llueve...

JUAN RAMÓN.—Aunque me lo haya dicho. Tratándose de un negocio... y si es buen negocio... Porque debo suponer que el negociante no ha de ser tan caprichoso como para suspender todo trato nada más que porque fué lloviendo, á pesar de la advertencia de que no me esperaba si llovía...

MARÍA.—(Mirando el reloj del velador. Distráidamente y con lentitud). Sí... Pero es el caso que... el caso no es el mismo.

JUAN RAMÓN.—(Sin comprender). Cómo... qué quieres decir con eso de que el caso no es el mismo... ¿Tienes algún negocio?

MARÍA.—(Con precipitación). No, no.

JUAN RAMÓN.—¿Entonces?

MARÍA.—(Deja el sombrero). Te explicaré. Es el hecho que la modista quedó de probarme el traje de seda hoy á las cinco. Pero me dijo que si llovía no fuera, porque no me lo tendría.

JUAN RAMÓN.—(Con gesto abobado). Cuando llueve, ¿no cosen las modistas?

MARÍA.—(Vivamente). No es eso, sino que, como es tan buena la madama, me dijo que no fuera si llovía, porque podía enfermarme y, á manera de amenaza, me agregó que en caso de llover no tendría el traje para la prueba. ¿Entiendes ahora?

JUAN RAMÓN.—(Con satisfacción sincera). ¡Cómo te quiere esa madama! ¡Y qué buena ha de ser!

MARÍA.—(Coge el sombrero y va á colocárselo). De modo que tú crees.....

JUAN RAMÓN.—(Yendo a sentarse en el diván y recogiendo el diario). Creo que á menos que el cariño que por tí siente la madama ésa sea tan extremoso que la obligue á desagradarse contigo porque vas... Me

parece que debes ir. (Extiende el diario sobre la mesa).  
MARÍA.—(Con el sombrero puesto y envolviéndose en la capa) Si se enoja tendrá dos trabajos.....

(La luz decrece un poco. Nuevas nubes velan el 'sol),

JUAN RAMÓN.—(Inclinándose sobre el diario. Sin quitar los ojos del papel). Estas son las tonterías que me hacen fastidiarme en el teatro. (Mirando á María). Fíjate si será argumento éste para un drama. (Lee). “Alberto da otra cita á Teresa, la esposa del millonario Osvaldo, pero la advierte que no vaya en coche de lujo sino á pie, porque sus ideas políticas no le permiten ser el amante de una aristócrata. Teresa no hace mucho caso de tal recomendación y se dirige á la cita en un carruaje riquísimo, tirado por magníficos caballos. Alberto la recibe de mal talante, la echa en cara su porfía, ella le replica con altivez, se disputan en voz alta, él la amenaza, grita ella y se forma el escándalo. (María que se ha quedado inmóvil mientras lee su marido, escucha sonriente al principio, luego se pone seria y demuestra por último cierta ansiedad). Los amores de Alberto y Teresa llegan á hacerse públicos. Osvaldo se impone de ellos, sorprende á los amantes, y á él lo mata de un balazo y á ella la deja mal herida de otro. (Dejando de leer). ¿No es una barbaridad todo esto? Y es lo que se representa esta noche en uno de nuestros teatros.....

(La luz se extingue con lentitud).

MARÍA.—(Dominando un calofrío). ¿Que lloverá otra vez?  
JUAN RAMÓN.—(Se levanta y va á la ventana. Después de

observar el cielo). Parece que sí. El viento norte continúa y trae unas nubes muy sospechosas...

MARÍA.—(Desabrochándose la capa con irresolución). Porque si ha de llover... (Juan Ramón sigue observando por la ventana hacia afuera. María con los brazos caídos, mira la alfombra. Concluye de desabrocharse la capa). Mejor que no vaya.....

JUAN RAMÓN.—(Paseándose). ¿Qué hubo... ¿Ya no sales?

MARÍA.—(Se decide. Va al espejo y comienza á quitarse el sombrero. Con gravedad) N6. No salgo.

JUAN RAMÓN.—(Alegremente). Mejor, mucho mejor. Así le evitarás un disgusto á la madama y me darás el placer de conversar contigo otro rato. Si el aguacerito se afirma... (Va á la ventana). el carbón llegará á quince y me ganaré... (Mirando hacia afuera). ¿Ves? Ya llueve de nuevo. Y se oscurece...(Hace demostraciones de alegría, sin dejar la ventana).

MARÍA.—(Avanza hacia el público é indica á Juan Ramón. Con cierta melancolía).

¡Cómo su contento encona mi herida!

¡Cómo al verle alegre cunde mi aflicción!

(Refleccionando)

Pero... Si él ahora ganó la partida,

después..... (Con ánimo). ¡Por fortuna es larga la vida!

(Sonríe maliciosamente).

Habrá sol mañana... ¿Verdad, Juan Ramón?

TELÓN RÁPIDO

FIN